





# ¿UTOPIA ARMADA? OPOSICION POLITICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES DURANTE EL FRENTE NACIONAL\*

MAURICIO ARCHILA N.\*\*

*"No se ha caído en la cuenta de que hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado colombiano, donde el Ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que abuyenta al pueblo...*

*La soberanía nacional se está encogiendo como un pañuelo: ese es uno de los fenómenos más dolorosos del Frente Nacional".*

*(Discurso pronunciado por Alvaro Gómez en el Senado el 25 de octubre de 1961)<sup>1</sup>*

\* Este artículo fue presentado como un avance de la investigación "Movimientos sociales y acción social colectiva". Después de la discusión con los colegas del equipo "Estado y sociedad civil" fue corregido. A ellos mis agradecimientos lo mismo que a Martha Cecilia García por su colaboración en la elaboración del cuadro explicativo y en la revisión del texto.

\*\* Profesor Asociado de la Universidad Nacional e investigador CINEP.

<sup>1</sup> Citado por Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá: Planeta, 1985, pág. 245.



En la aproximación bibliográfica que venimos realizando a la dinámica de la acción social colectiva durante el Frente Nacional, queremos tocar hoy su relación con la oposición política, en especial con

la de izquierda. En los años estudiados esta última asumió un comportamiento lejano al Estado por mutua exclusión —para muestra véase la frase citada de Alvaro Gómez—, y cercano, al menos en el discurso, a los movimientos sociales. Sin embargo, esta cercanía no es tan evidente en el transcurrir histórico y tal vez no sea siempre conveniente para la autonomía real de dichos movimientos. Analizar esta paradójica relación y plantear algunas hipótesis para entenderla son los objetivos del presente ensayo.

Antes de dar curso a nuestras reflexiones es necesario precisar conceptualmente los polos de la relación que nos interesa. Aunque hay muchas definiciones de los *movimientos sociales* nosotros nos inclinamos por la siguiente: aquellas acciones sociales colectivas, más o menos permanentes, orientadas a enfrentar injusticias, desigualdades o exclusiones; es decir, que denotan conflicto y que tienden a ser propositivas<sup>2</sup>. La categoría *oposición política* sólo es compleja cuando se trata de precisar los movimientos o partidos que incluye. En términos operativos podemos ubicar tres tipos de oposición política durante el período estudiado: la primera es la que se hace dentro del Frente Nacional y comprende aquellas fracciones de los partidos tradicionales que aceptan el pacto pero difieren por cuotas de poder o por aspectos coyunturales (el ospinismo al principio y luego el laureanismo, por ejemplo); la segunda se ejerce por fuera del Frente Nacional, pero dentro de la institucionalidad (el MRL o la Anapo); y finalmente la oposición extrainstitucional (doblemente afuera: del régimen y de la institucionalidad) que abarcaba a la izquierda en general pero con marcado énfasis a las organizaciones que proclamaban abiertamente la lucha armada<sup>3</sup>. La oposición que nos interesa en estas páginas es la que

luchó institucional o extrainstitucionalmente contra el Frente Nacional.



## ACTORES SOCIALES O POLÍTICOS

Referimos a la interacción entre oposición política y movimientos sociales nos lleva a un complejo problema teórico que debemos escudriñar para hacer explícito nuestro punto de partida. Los grandes intentos explicativos de los movimientos sociales —convencionalmente conocidos como la movilización de recursos y el 'paradigma' de identidad— coinciden en señalar la diferencia entre las esferas social y política en términos de demandas, formas de acción y actores, aunque se encuentren en coyunturas históricas en el mismo escenario público. En una lectura como la Charles Tilly, se va más lejos al señalar las mutuas interacciones y límites que ambos actores se colocan en sus encuentros históricos<sup>4</sup>. Ambas esferas son expresiones organizadas de la sociedad civil, pero cumplen funciones distintas: una expresa las amplias demandas sociales y la otra constituye la mediación política ante el Estado. No obstante, en la práctica la distinción entre actores sociales y políticos es más complicada de lo que se piensa<sup>5</sup>. No sólo no se puede concebir a los movimientos sociales modernos al margen de la política, sino que muchas veces las dos esferas en cuestión se confunden. Hay tres tipos de factores que nos sirven para entender esa complejidad: a) El común escenario público en el que ambas esferas se mueven; b) la existencia de actores que a la vez son sociales y políticos; y c) la convergencia, formal, entre demandas sociales y el discurso de la oposición política. Analicemos rápidamente estas tres pistas explicativas:

a) Las luchas sociales y las políticas comparten un mismo escenario, así sus motivaciones, propósitos y formas de acción sean diversas. Ese es el resultado de hacer públicas las demandas provenientes

tes de la sociedad civil. Incluso se podría decir que ambas inevitablemente entran en contacto con el Estado, bien sea como aliado, contradictor o enemigo absoluto. Aquí valdría la pena introducir la distinción entre la ACCION POLITICA, el arte de luchar por el poder y ejercerlo, y lo POLITICO, el escenario del encuentro público de diversos intereses. La primera tiene unos actores específicos: aquellos mediadores de la sociedad civil ante el Estado, o sea los políticos<sup>6</sup>. En cambio, en lo político entran en juego muchos actores.

Algunos autores tematizan esta distinción como la diferencia entre el ser y el deber ser de la política<sup>7</sup>, o como la diferencia entre la práctica institucionalizada de unos pocos y la acción amplia de la 'comunidad de ciudadanos'<sup>8</sup>. La distinción busca entender a fondo la dinámica de lo político y salvarlo del desprestigio generalizado de los políticos<sup>9</sup>. Si en el mundo de la política se mueven actores muy específicos, en el de lo político están presen-

tes todos aquellos que se expresan en público, así sus motivaciones partan del mundo privado (v.gr. movimientos sociales desde la perspectiva de género). En este sentido se entiende que los movimientos sociales pueden ser actores en lo político, así no busquen directamente el poder, e incluso se reconoce, como dicen algunas feministas, que éstos pueden renovar el ejercicio de la política<sup>10</sup>.

b) La existencia de actores que al mismo tiempo son sociales y políticos es la otra fuente de confusión en las esferas que intentamos distinguir. Dicha realidad se remonta muy atrás en nuestra historia, pero hasta hace poco ha sido reconocida en la teoría. Una de las grandes lecciones del fin de la Guerra Fría es constatar que las polarizaciones en las que se dividía a la humanidad eran inventadas para fines nacionales o globales. Con la caída de los muros se derrumbaron también las ideologías de derecha e izquierda que pretendían agrupar a los seres humanos desde una esencia natural. No exist-

- 2 La definición aparece explicada en mi artículo "Tendencias recientes de los movimientos sociales" en Francisco Leal (compilador), *En busca de la estabilidad perdida*. Bogotá: Ed. Tercer Mundo-Iepri, 1995, págs. 254-257. Véase también, para una ubicación teórica del debate que encierra esta conceptualización, "La historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia, siglo XX" en Bernardo Tovar (Compilador), *La historia al final del milenio*, Vol. I. Bogotá, Ed. Universidad Nacional, 1994, págs. 255-362.
- 3 Al incluir a la guerrilla dentro del espectro de la oposición política estampo de acuerdo con Eduardo Pizarro quien considera que "la acción guerrillera es, ante todo, una acción política, cualesquiera sean sus niveles de articulación... con el movimiento social." (*Insurgencia sin revolución*. Bogotá: Tercer Mundo-Iepri, 1995, pág. 19). Se trata de conductas políticas propias de actores organizados.
- 4 Baste citar de su amplia obra el ensayo "Cambio social y revolución en Europa, 1492-1992", *Historia Social*, No. 15 (invierno de 1993). Para Tilly el conflicto social está enmarcado en las condiciones políticas del momento aún en el eventual caso de que las modifique. En esto no está tan distante de los historiadores marxistas británicos, especialmente de Eduard P. Thompson, quien reitera la metáfora del 'teatro' para explicar la mutua relación entre grupos sociales antagónicos, y cómo ese teatro de poder marcaba los límites de lo posible, de lo negociable y, en términos de Tilly, del conflicto. Véase *Costums in Common*. New York: The New Press, 1993, págs. 16-96.
- 5 Esta línea de reflexión avalaría el acercamiento que en teoría se ha llamado la 'estructura de oportunidad política'. Compartimos la importancia de ubicar el contexto político como factor clave en el éxito o no de los movimientos sociales. Con ello se logra superar debilidades del modelo de 'movilización de recursos' que centraba la clave del éxito en el interior de los mismos movimientos. Pero nos apartamos de la lógica instrumental que exhibe y sobre todo de la reducción a sugerencias para tener éxito. Al menos eso es lo que se desprende del artículo de Margarita Bonamusa ("Movimientos sociales: organización y estructura de oportunidad política", *Análisis Político*, No. 23, septiembre-diciembre de 1994, págs. 54-67) construido más para aconsejar movimientos sociales de países desarrollados que para entender los nuestros.
- 6 Esa función mediadora es analizada con ingenio por Fernando Escalante, "Clientelismo y ciudadanía en México. Apuntes sobre la conceptualización de las formas de acción política", *Análisis Político*, No. 26, septiembre-diciembre de 1995, págs. 31-39.
- 7 Véase, por ejemplo, Pablo Ródenas, "Definición de la política" en Filosofía Política, razón e historia, *Suplementos Antropos*, No. 28, págs 71-80.
- 8 Norbert Lechner, "Los nuevos perfiles de la política, un bosquejo", *Nueva Sociedad*, No. 130, marzo-abril de 1994, págs 32-43. Su interés es entender el malestar actual con la política desde los cambios de lo político, el referente de fondo de ésta. En efecto, el autor señala, "...si ignoramos 'lo político' amputamos a la política y reducimos el fenómeno político a sus formas más visibles". (pg. 39.)
- 9 Sólo al trascender las definiciones empíricas de la política, pudo alguien como Karl Schmitt llegar al concepto de lo político con base en el antagonismo entre amigo y enemigo (*El concepto de lo político*. Madrid: Alianza editorial, 1961(?), pág. 56 y siguientes). Esa visión de lo político será central para su denuncia de la despolitización de la sociedad liberal.
- 10 Magdalena León (Compiladora). *Mujeres y participación política: avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo editores, 1994, pág. 14.

ten, por tanto, identidades colectivas referidas a condiciones inmutables. Todas son históricas<sup>11</sup> y son resultado de la convergencia de las distintas posiciones del sujeto<sup>12</sup>. En consecuencia los sujetos no tienen una sola identidad, sino múltiples. La primacía que éstos le atribuyan a una forma de identificación será resultado también de condiciones históricas. Por tanto, no es extraño que haya actores sociales que son también políticos, para hablar sólo de dos posibles identidades. Ello no quiere decir que se diluyan las fronteras entre los movimientos sociales y los partidos políticos, pero es cierto que sí se hace más fluido el cruce en ambas direcciones. La historia que veremos está plagada de ejemplos de dirigentes de organizaciones sociales que actuaban como políticos y viceversa.

c) Si el problema de la confusión de esferas no radica en el escenario común que comparten o en el cruce de actores, entonces yace en la cercanía de demandas sociales y políticas. La participación de los movimientos sociales en el juego de la política es precario por razones como las enumeradas por Claus Offe para el caso europeo: inexperience y desinstitucionalización de su acción<sup>13</sup>. Para el caso nuestro habría que agregar la mutua exclusión que caracterizó la relación Estado-sistema político y movimientos sociales durante el Frente Nacional. Por ello, para tener éxito en sus demandas ante el Estado o la sociedad, estos últimos requieren de mediadores, sean éstos algunos de sus dirigentes o los partidos políticos afines. Es lo que el mismo Offe designa como la necesidad de crear alianzas<sup>14</sup>. Lo obvio sería que esas alianzas fueran con la izquierda, pues ésta proclama un ideario que pretende recoger las reivindicaciones populares<sup>15</sup>. Paradójicamente, eso no siempre es así, pues hay actores involucrados en los movimientos sociales que no por fuerza coinciden con un ideario de izquierda —por ejemplo hay terratenientes ecologistas que están lejos de una distribución democrática de la tierra o intelectuales que se oponen a los colonos considerados depredadores—<sup>16</sup>. Pero además, la dinámica misma de la búsqueda del poder impone a los grupos de oposición exigencias

estratégicas que pueden alejarse en la práctica de las necesidades populares inmediatas. Este parece ser el meollo del caso colombiano durante el período estudiado.

Digámoslo claramente: el problema que nos preocupa no es la mera confusión formal entre dos esferas, sino la negación práctica de su mutua autonomía<sup>17</sup>. Si ella es fácilmente aceptada para la clase política, no sucede lo mismo para los movimientos sociales. La especificidad de la función de los políticos justifica su autonomía que se traduce incluso en una cierta profesionalización. Los movimientos sociales, en especial en América Latina, son generalmente instrumentalizados por los políticos sobre la base de la convergencia de demandas. No obstante, sospechamos que esas demandas nos son idénticas, aun al tratarse de las organizaciones de izquierda. Pero no deberíamos avanzar más en esta hipótesis sin realizar el análisis de las convergencias temporales o de las alianzas más estables entre oposición y movimientos sociales para llegar a conclusiones más sólidas, cosa que nos ocupará en las páginas que siguen.

Dicho lo anterior conviene hacer dos precisiones metodológicas antes de entrar en materia: La primera se refiere al tipo de estudio que emprenderemos. Se trata más de un análisis del discurso que de la práctica política o social. El tipo de fuentes consultadas —por lo general reconstrucciones históricas y testimoniales o recopilaciones documentales— y la necesidad de establecer el 'estado del arte' antes de entrar en la investigación empírica, así lo justifican. Nuestro objetivo, por tanto, no es hacer una historia de la izquierda —meta colosal que rebasaría nuestro limitado número de páginas— sino un análisis grueso de las relaciones entre ésta y los movimientos sociales.

La otra consideración metodológica está relacionada con la dificultad de lograr la necesaria distancia con la que el historiador debe mirar el pasado reciente. Esa distancia significa intentar entender el pensamiento y los propósitos de los diversos actores en el momento que vivieron. Ello implica abstenerse al máximo de utilizar el presente como un

cómodo estrado judicial, para determinar la bondad o maldad de los actores. Somos conscientes de la dificultad de lograrlo, máxime cuando el historiador es alguien que vivió la historia que pretende reconstruir<sup>18</sup>. Es al lector a quien le toca juzgar —aquí sí con todo su sentido juzgar— la validez del intento.

Sin más consideraciones, veamos la compleja relación entre movimientos sociales y oposición política en los años del Frente Nacional. Para ello dividiremos en tres partes lo que resta de este ensayo: en la primera veremos el mapa de las principales organizaciones de oposición al régimen imperante en esos años, y haremos hasta donde sea posible una tipología con base en sus discursos; en la segunda miraremos el significado de la acción política, *grosso modo*, de la izquierda en esos años; y, finalmente, en la última sección tocaremos los

encuentros y desencuentros, formales y reales, entre los actores sociales y políticos que privilegiamos en este análisis.



## LA OPOSICIÓN POLÍTICA AL FRENTE NACIONAL

El surgimiento de la oposición política al Frente Nacional es el resultado de diversas dinámicas de corte estructural y de factores de coyuntura que enumeraremos rápidamente<sup>19</sup>. Dentro de las primeras podemos destacar cambios imperceptibles en el corto plazo pero que modifican el contexto de las relaciones sociales en los escenarios rurales y urba-

- 11 Como hace rato nos dijeron los historiadores ingleses. Véase de E.P. Thompson, el Prefacio a *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage Books, 1966, págs. 9-14.
- 12 En este punto seguimos de cerca a Chantal Mouffe, *The Return of the Political*. London: Ed. Verso, 1993.
- 13 "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics" en *Social Research*, Vol. 52, No. 4 (invierno de 1985), págs. 858 y siguientes. Esa falta de institucionalización de los movimientos sociales los hace, a los ojos de Antonio García Santesmases, incapaces para la negociación. Véase de este lector español de Offe, "Nuevas categorías de entendimiento de la política", en el *Suplemento Antropos* ya citado, pág. 97.
- 14 "New Social Movements..." pág. 858. Por su parte, la perspectiva de 'la estructura de oportunidad política' (Margarita Bonamusa, "Movimientos sociales...", pág. 64), considera que la alianza con terceros partidos es clave para el éxito de la movilización social. Este consejo parece ser sano pero sucede que en nuestro contexto los terceros partidos, por la exclusión política a que fueron sometidos, especialmente durante el Frente Nacional, no actuaron como mediadores ante el Estado sino como radicalizadores frente a él.
- 15 En algunas ocasiones los partidos de derecha pueden ser aliados de los movimientos sociales, así no compartan todos sus objetivos. En nuestra historia en no pocas ocasiones los partidos tradicionales han favorecido a ciertos actores sociales e incluso propiciado sus luchas, esto sin hablar del papel funcional que ha cumplido el clientelismo como mediador de las demandas sociales ante el Estado. Esta veta de análisis, explotada ricamente por Escalante para México ("Clientelismo y ciudadanía..."), tiene antecedentes para el caso colombiano en las reflexiones de Fermán González ("Clientelismo y democratización", *Controversia* Nos. 41-42, 1976). En estas páginas no podemos desarrollar este aspecto con la profundidad que requiere y sólo lo dejamos sugerido para futura profundización.
- 16 Claus Offe los designa genéricamente como vieja y nueva clase media que pueden estar en la derecha o en la izquierda, "New Social Movements..." pág. 858 y siguientes. En escritos recientes Eric Hobsbawm califica al movimiento ecológico como un movimiento de países ricos y de clases por lo general altas, sin demeritar la justeza de su causa (*The Age of Extremes*. New York: Pantheon Books, 1994, pág. 570).
- 17 En ese contexto se entienden las denuncias hechas por Alain Touraine contra el peligro 'totalitario' de fundir las dos esferas (*¿Qué es la democracia?* Madrid: Temas de Hoy, 1995, págs. 212-219).
- 18 El ensayo de Eduardo Pizarro ("Elementos para una sociología de la guerrilla", *Análisis Político*, No. 12, enero-abril de 1991, págs 7-22), escrito para llamar a los grupos aún en armas a negociar, ilustra estos riesgos. Debo reconocer, sin embargo, que el libro posterior (*Insurgencia sin revolución*), escrito ya sin tantos afanes y con una buena dosis de realismo, supera con creces esas limitaciones y ofrece una sugerente mirada del fenómeno guerrillero. Me quedan dudas sobre la tipología (guerrillas militares, de partido y societales) y en concreto sobre los ejemplos que coloca. Dudo que el ELN sea una guerrilla 'militar' que se legitima exclusivamente por la intimidación y que el Quintín Lame sea sólo 'societal', de hecho hizo acciones de sabor 'militar' contra autoridades indígenas. Creo que entre un tipo 'ideal' y otro hay más fluidez de la que postula Pizarro.
- 19 Los elementos de este contexto aparecen en caso todas las obras consultadas; nos apoyamos especialmente en Fabio López, *Izquierdas y cultura política ¿Oposición alternativa?* Bogotá: Cinep, 1994 y Jaime Zuluaga, "Nueva izquierda, guerrilla y utopía en los sesenta", Ponencia presentada en el VIII Congreso de Historia, Bucaramanga, 1992.

nos. Los principales son la consolidación del desarrollo agrario por la vía terrateniente, que al hacer más intensiva la explotación de la tierra, incrementa la población jornalera en detrimento de los arrendatarios y arroja mayor número de migrantes a las ciudades. En ellas los nuevos pobladores no encuentran empleo suficiente en la industria por el carácter oligopólico de ésta, por lo que deben concentrarse en actividades de baja calificación como la construcción o la economía informal. La desaceleración económica al inicio del Frente Nacional es atacada con una mayor intervención estatal, pero en favor de intereses privados. El crecimiento urbano, uno de los factores más decisivos, pues marca el cambio de una Colombia rural a una urbana, se hace sin ningún orden y con una tendencia policéntrica.

Se dan también profundos cambios en los hábitos de la gente y la cultura, fruto tanto de esas transformaciones materiales como de la ampliación del sistema educativo, sobre todo en primaria y universitaria. La mujer tiene mayor acceso al sistema educativo y al mundo laboral, con lo que las tradicionales formas de vida familiar se modifican. En el campo intelectual hay mayor diversificación de los quehaceres científicos e irrumpen las ciencias sociales, lo cual permite lecturas críticas de la sociedad. La Iglesia católica pierde terreno en el control de la vida ciudadana y la cultura oficial comienza a resquebrajarse. La ampliación de la cobertura de los medios de comunicación, incluida la novedosa televisión, tienen su cuota en este proceso. La sociedad colombiana vive, por tanto, un acelerado proceso de secularización.

Todo ello se traduce en la irrupción de nuevos actores en especial en las ciudades, cuyas demandas no van a ser fácilmente cubiertas. Nos referimos a la ampliación de las clases medias expresada en la mayor población estudiantil y de sectores de cuello blanco, a la vinculación laboral de mano de obra

femenina y la creciente presencia de habitantes marginales de las ciudades que tienen una inestable vinculación a la economía.

En ese contexto de cambios estructurales, existen factores coyunturales que explican de forma adicional la aparición de la particular oposición de izquierda en el país. Gonzalo Sánchez señala tres: herencias de la violencia de los años cincuenta, sobre todo las de las guerrillas liberales; romanticismo derivado de la revolución cubana y radicalización estudiantil<sup>20</sup>. El impacto de estos factores se entiende en el contexto del cierre político y social del Frente Nacional que marca no sólo el origen de la oposición



sino la forma particular que ésta asume, en particular en términos de la polarización amigo-enemigo<sup>21</sup>. Pero debe quedar claro que no todo es imputable al Frente Nacional pues, por un lado, hubo factores estructurales que le precedían, y por otro, si bien fue excluyente también fue incluyente al menos en relación con los anteriores regímenes. Esto último explica que si bien el pacto bipartidista alimentó el ideario guerrillero, lo limitó también pues al fin y al cabo

encerraba una promesa democrática por más recordada que fuera<sup>22</sup>.

Dicho lo anterior, podemos indicar a grandes rasgos la evolución de las organizaciones políticas y político-militares de oposición más importantes en el período comprendido entre 1958 y 1975<sup>23</sup>. El cuadro organizativo que incluimos puede servir de referencia para este resumen, e insistimos que nuestro propósito es, más que una historia de la izquierda, una caracterización de las principales tendencias y momentos de dicha oposición. Para entender el cuadro hay que hacer dos tipos de distinciones: una se refiere a las formas organizativas en las que diferenciamos entre Partidos propiamente dichos, algunos con brazo armado (v.gr. Partido Comunista de Colombia, PCC)<sup>24</sup>, Frentes o alianzas de diversos grupos (v.gr. Frente Unido, FU), aparatos político-

militares (v.gr. Ejército de Liberación Nacional, ELN) y grupos de trabajo que incluyen desde revistas o periódicos hasta colectivos estudiantiles<sup>25</sup>.

La otra distinción se refiere a las diversas formas de oposición política. En una tipología inicial ubicábamos tres niveles de oposición: la interna ante el Frente Nacional; la que se ejerce por fuera del mismo, pero dentro de la institucionalidad; y por último la oposición extrainstitucional o desde un afuera total, que se identifica con la izquierda. Esta caracterización merece unas precisiones para que funcione adecuadamente en el contexto histórico propuesto. Por una parte, a fines del Frente Nacional surgió una izquierda que con timidez inició el rompimiento con la opción armada y se ubicó con dificultades en los pocos espacios institucionales que lo permitían, como las elecciones (v.gr. el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, Moir y más tarde la Unión Revolucionaria Socialista, URS), lo que podría dar origen a un cuarto tipo de oposición pública mas no institucional (no tan excluida y excluyente) que fue alimentada de alguna forma también por la ambigua 'combinación de formas de lucha' del PCC. Por otra parte, la oposición interna al Frente Nacional, excluida por obvias razones de nuestro análisis, tuvo que ver con el origen de grupos que luego se radicalizaron, como sucedió en el caso de la Anapo. Así las cosas, la tipología propuesta debe verse con más fluidez, sin aislar de su contexto a ninguna de las categorías.

En términos cronológicos podemos señalar cuatro grandes momentos en la creación o desaparición de formas de oposición política al Frente Nacional: a) 1958-1962, años de desencanto con el régimen bipartidista y de aventuras armadas; b) 1962-1965, momento de surgimiento propiamente dicho de la 'nueva izquierda'; c) 1965-1970, tiempo de consolidación lenta de esa izquierda y de crecimiento de la Anapo; y d) 1970-1975, años de replanteamiento y de nueva proliferación organizativa. Como se constata en el cuadro aludido, los dos momentos de ebullición, el segundo y el cuarto, coinciden con altos indicadores de protesta social, lo cual habla de cierta convergencia que será examinada en la última parte de este ensayo.

En el nivel descriptivo podemos señalar los grandes hitos en la gestación de dicha oposición, al observar los períodos sugeridos:

a) 1958-1962: Para los inicios del Frente Nacional el panorama político era relativamente simple. Contábamos con dos partidos tradicionales, con fracciones que se insinuaban sobre todo en el lado conservador y un partido de izquierda con tradición histórica, el PCC<sup>26</sup>. El panorama comenzaría a cambiar desde enero de 1959 con el surgimiento del Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino MOEC. Ese es el primer hito en la formación de la 'nueva izquierda' en oposición a la 'vieja'; es decir, al PCC.

El Partido Comunista, por su parte, no sólo es la matriz de muchas organizaciones de oposición,

20 Prólogo al libro de Alvaro Villarraga y Nelson Plazas, *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL)*. Bogotá: Progresar, 1995.

21 El cierre al que aludimos juega un papel indudable en la gestación de la oposición como lo ilustra, entre otros, Mauricio Botero al señalar en forma anecdótica que ante la represión de la huelga de Avianca en 1963, muchos de los dirigentes de las Juventudes del MRL decidieron irse para el monte! De esta forma, resultaba más fácil forjar una guerrilla que hacer un sindicato, secuestrar a un gerente que negociar un pliego (*El MRL*. Bogotá: Universidad Central, 1990, pág 191)

22 Eduardo Pizarro llama con acierto la atención sobre esta ambigüedad del régimen que hizo que en Colombia, entre otros factores, no triunfara el proyecto armado —al contrario de la Cuba de Batista o la Nicaragua de los Somoza (*Insurgencia sin Revolución*, págs 28 y 122).

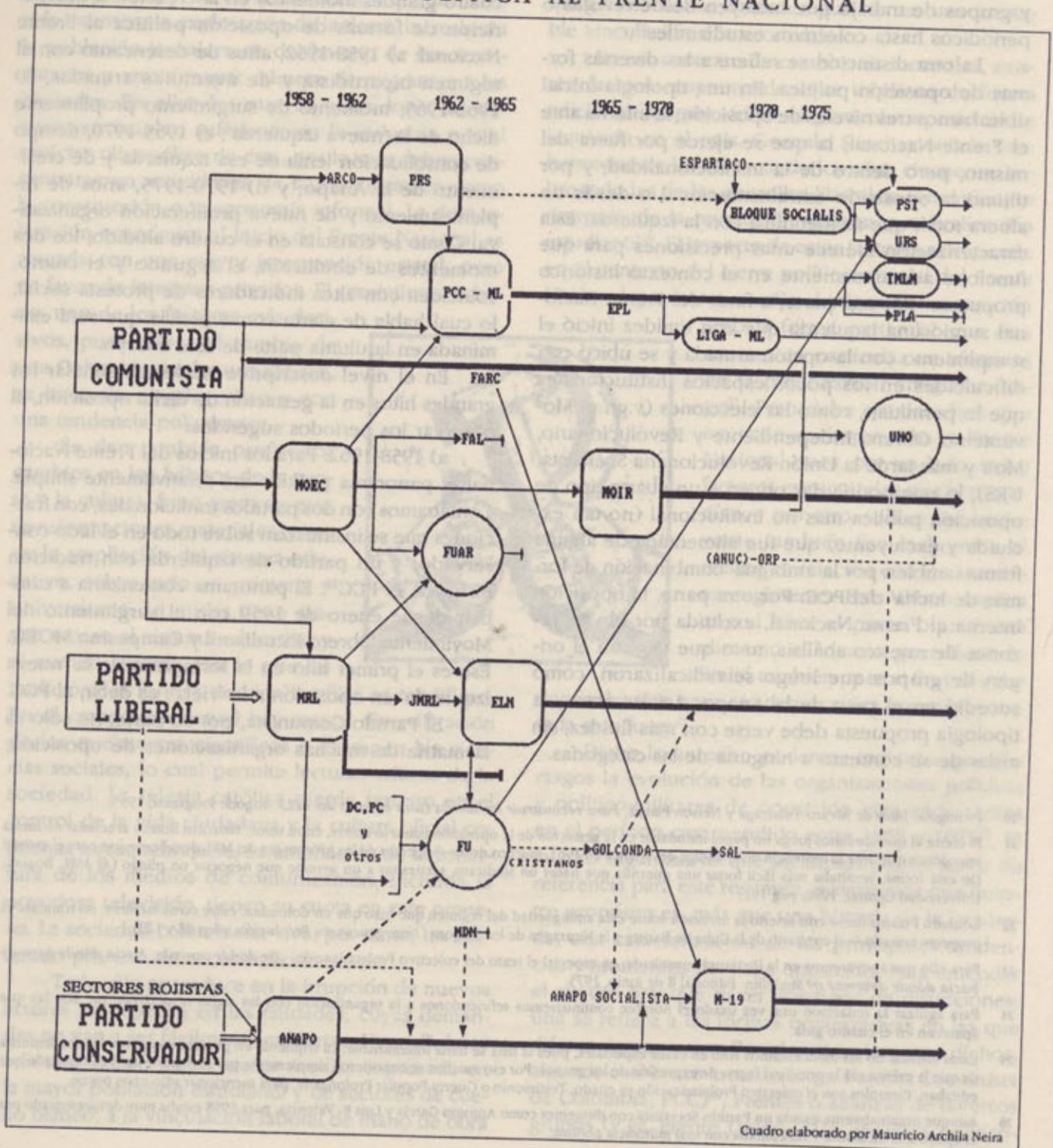
23 Para ello nos apoyaremos en la literatura consultada, en especial el texto del colectivo Proletarización, *¿De dónde venimos, hacia dónde vamos y hacia dónde debemos ir?* Medellín: Editoñal 8 de junio, 1975.

24 Para agilizar la redacción una vez usado el nombre continuaremos refiriéndonos a la organización con las siglas respectivas que son las que aparecen en el cuadro guía.

25 Estos últimos no los mencionamos sino en casos especiales, pues la lista se haría interminable. La izquierda en general compartía la idea leninista de que la prensa era la principal forma de expresión de los grupos. Por eso muchos se conocieron simplemente por el nombre de la publicación que editaban. Ejemplos son el colectivo Proletarización ya citado, Testimonio o Guerra Popular Prolongada, para mencionar sólo unos pocos.

26 Aunque nominalmente existía un Partido Socialista con dirigentes como Antonio García y Luis E. Valencia, para 1958 estaba muy desprestigiado por el apoyo a la dictadura y no contaba con real militancia política.

# OPOSICIÓN POLÍTICA AL FRENTE NACIONAL



Cuadro elaborado por Mauricio Archila Neira



sino que sufre una evolución interna que no está lejana de la del resto de la izquierda. En efecto, en 1949 había lanzado la consigna de autodefensa, pero sin privilegiar la lucha armada como estrategia de toma de poder<sup>27</sup>. En el inicio del Frente Nacional vaciló entre aprovechar los espacios políticos que dejaba el régimen, incluso su legalización y la denuncia del pacto bipartidista. Los vientos internacionales favorecían una opción pacífica de toma del poder y por ello desmovilizó a sus autodefensas. Para esa época el partido era más campesino que obrero, como lo reflejaría la participación en el VIII Congreso de 1958<sup>28</sup>. En 1961, en su IX Congreso, proclamó la 'combinación de todas las formas de lucha' y con la invasión militar a Marquetalia en 1964 reactivó sus guerrillas, las cuales, en 1965 dieron origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC. Estas seguirían un modelo militar de autodefensa y apoyo a la actividad del partido hasta entrados los ochenta, cuando virarían hacia una táctica más ofensiva de búsqueda de poder. El PCC, por su parte, no dejó de ejercer la acción política que el régimen le permitía, pero cada vez ella fue más contradictoria y ambigua, lo que explica en parte su débil crecimiento a pesar de haber sido la mayor fuerza de izquierda en esos años<sup>29</sup>.

Ante esas vacilaciones políticas y viejas ataduras internacionales reaccionó la 'nueva' izquierda, alimentada por las experiencias china y cubana. Tal fue el caso del mencionado MOEC surgido a raíz de

la coyuntura agitational de principios de 1959 contra el alza del transporte. Al año siguiente celebró su primer congreso en Cali, la ciudad que más agitación social demostraba en el momento<sup>30</sup>. En un intento apresurado de trasplantar la revolución cubana, abrió focos guerrilleros en el Cauca —donde murió su fundador Antonio Larrota—, Vichada y Urabá, entre otros. En estas aventuras no estarían solos; hubo otras propiciadas por sectores estudiantiles como sucedió con el efímero foco guerrillero de Federico Arango Fonnegra en el Territorio Vásquez en 1963, o las aisladas rebeldías como la del teniente Cendales quien pretendió unirse a Juan de la Cruz Varela con armas tomadas del ejército en 1961. El MOEC como tal se dividió en dos tendencias: la 'izquierdista' que buscaba el estallido revolucionario inmediato y la 'marxista' que pretendía primero organizar al pueblo antes de la insurrección. La división se hizo patente en los siguientes congresos y finalmente en el tercero, la fracción izquierdista expulsó a la otra. Esta última se fraccionaría luego en varios núcleos, uno de los cuales crearía las efímeras Fuerzas Armadas de Liberación, otro alimentaría las organizaciones maoistas y un último daría origen al MOIR al final del decenio. Su significado radica en que fue la primera organización de la izquierda que rompió con el PCC.

En esos años surgieron también las dos grandes agrupaciones políticas de oposición institucional al Frente Nacional: el MRL y la Anapo. El prime-

27 Para esta parte nos apoyamos en la historia oficial publicada por el Comité Central bajo el título de *Treinta años de lucha del PCC*. Bogotá: Ediciones Comunistas, 1960 (?), y en el ensayo de Nicolás Buenaventura, *Historia del PCC, Cuaderno II: El origen del Frente Nacional*. Bogotá: CEIS-Inedo, 1990. También en el balance crítico elaborado por Eduardo Pizarro, *Las FARC 1949-1966: de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá: Tercer Mundo-IEPRI, 1991.

28 De 118 delegados de unas 500 células, el 31% provenía de zonas de colonización, el 43% de poblaciones pequeñas y zonas campesinas tradicionales y sólo el 26% de las cinco principales ciudades (Nicolás Buenaventura, *Historia del PCC...* pág. 78). Esa realidad ya había sido captada por Jorge Gaitán Durán al denunciar la pérdida de personalidad de la agrupación por la disminución de la militancia obrera de los años 40. (*Obra Literaria*. Bogotá: Colcultura, 1975, pág. 367).

29 Los datos de Buenaventura sobre el Congreso de 1958 sugieren una militancia no mayor de 5.000, explicable por la reciente represión de la dictadura. La revista *Semana* (16 de noviembre, 1958, págs 33-35) exageró, sin duda con fines anticomunistas, el número de 35.000 afiliados y 50.000 simpatizantes para el mismo año. Sólo en 1972 el PCC obtendrá 52.053 votos, cifra que triplicará en la alianza que hizo con el Moir y un sector de la Anapo en 1974.

30 Las consideraciones sobre el MOEC se derivan del citado texto de Proletarización, *¿De dónde venimos...* y de la crónica de la aventura guerrillera de Tulio Bayer, "El levantamiento del Vichada", *Trópicos* No. 2, octubre-noviembre de 1979, págs. 90-107. Para el caso Cendales nos apoyamos en Alejo Vargas, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*. Bogotá, Facultad de Derecho UN, 1995, capítulo 2o.



ro, como es de amplio conocimiento, fue un grupo liberal relacionado con López Pumarejo que congregó en torno al periódico *La Calle* a quienes denunciaban aspectos como la paridad y sobre todo la alternación<sup>31</sup>. Pero allí también tendrán cobijo sectores independientes de izquierda (el de la revista *Gaceta* de Gerardo Molina) y el mismo PCC que buscó expresión parlamentaria por este conducto. Su figura más destacada fue Alfonso López Michelsen, quien logró una sustancial votación en 1962, cercana a una tercera parte de la obtenida por el candidato oficial, el conservador Guillermo León Valencia. Paradójicamente este avance electoral hizo explícita la división que se cuajaba en el movimiento. En 1963 se separaron la 'línea blanda', la de López, de la 'dura', aparentemente más de izquierda y proclive a la revolución cubana<sup>32</sup>. Para las elecciones del 64 se presentaron las dos 'líneas' divididas lo que disminuyó su votación. En el 66 la 'línea' dura adhirió a las tesis abstencionistas en boga y prácticamente desapareció el MRL. Se presentará por última vez como fachada del PCC en las elecciones del 68, pero ya el grueso del movimiento había retornado al Frente Nacional, no sólo López, sino también los 'duros' y aún los radicales como Villar Borda.

Otra fue la historia de la Anapo, por lo menos en el período estudiado<sup>33</sup>. Surgió como alianza de grupos conservadores opuestos al Frente Nacional, en particular el alzatismo, el leivismo y de seguidores del mismo Rojas. Esos sectores marcarán las bases iniciales del electorado anapista. Lentamente la Anapo logró agrupar distintas expresiones nacionalistas (la *Nueva Prensa* de Alberto Zalamea, el efímero Movimiento Democrático Nacional, MDN, del general Ruiz Novoa y sectores independientes de izquierda como el de Antonio García) y sobrepasar su inicial mirada conspirativa hasta llegar en 1966 a consolidar también un ala liberal. Su mejor momento, y también su virtual triunfo, fue en las elecciones de 1970 cuando perdió por unos pocos votos ante el candidato oficial Misael Pastrana.

Luego vendrá el intento de formalizarse como tercer partido, el retiro del General y la creciente división de la que no estará ausente el sector de izquierda conocido

como Anapo Socialista que luego entrará en acción con la sigla M-19.

b) 1962-1965: Después de los primeros intentos de conformar focos guerrilleros, que fracasaron en su totalidad, vino un período de ebullición durante el cual se dieron las bases de la 'nueva' izquierda, que encarnaba las principales tendencias que aún subsisten, con algunas modificaciones en nuestros días. Como lo ilustra el cuadro de referencia, el PCC fue la matriz de la que diversos grupos radicalizados, influidos por imaginarios internacionales, se desprendieron y conformaron organizaciones independientes. Veamos los ejemplos más destacados en términos de impacto y permanencia.

A principios del decenio un grupo de jóvenes militantes de Antioquia rompió con el PCC y denunció el papel secundario al que los relegaba. Impactados por la revolución cubana hablaron de la posibilidad inmediata de un proceso socialista sin pasar por las etapas previas reclamadas por el viejo Partido. Se designó Acción Revolucionaria Colombiana, Arco. Una vez producida la ruptura, se fusionó con los intelectuales que publicaban la revista *Estrategia* (Estanislao Zuleta y Mario Arrubla, principalmente) y en 1962 conformaron el Partido de la Revolución Socialista, PRS. Afloraron de inmediato dos visiones en dicha agrupación: los 'practicistas', que simpatizaban con la idea insurreccional y con la revolución china, y los 'teoricistas', distantes de cualquier polo revolucionario internacional y concentrados en tareas educativas. Después de una difícil convivencia en la que los primeros pasaron a la acción directa, se expulsaron mutuamente. El sector más radicalizado pasó, efímeramente, por la organización maoísta, Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML), mientras el otro se diluyó no sin hacer antes una valerosa pero aislada crítica a la opción armada<sup>34</sup>. Su contribución intelectual tuvo efectos más duraderos.



En el mismo año de 1962 tuvo lugar una conferencia de diversos grupos de izquierda al margen del Partido Comunista que tampoco encontraron espacio en el MRL, para conformar el Frente Unido de Acción Revolucionaria, FUAR. Convergían allí sectores gaitanistas (liderados por Gloria Gaitán), socialistas (encabezados por Luis Emiro Valencia), excomunistas (como Alfonso Romero Buj) y del sindicalismo independiente (representados por Andrés Almarales). Los unía el común desprecio a la 'farsa electoral' y las simpatías con la lucha armada, sin que la desarrollaran en la práctica. Aunque de izquierda, el FUAR no se proclamó marxista. Se fragmentó luego en torno a la definición de las vías de la revolución<sup>35</sup>.

El otro polo significativo de ese momento se condensó en el ELN<sup>36</sup>. Con una mirada autocrítica de las primeras aventuras guerrilleras, un grupo de las juventudes del MRL se comprometió en La Habana, Cuba —la llamada Brigada de Liberación José A. Galán— a adelantar la revolución armada<sup>37</sup>. Las Juventudes del MRL vivían, desde principios de los sesenta, un proceso acelerado de radicalización, influidas por la revolución cubana. En 1962 se habían declarado 'marxistas-leninistas' y en 1963 proclamaron abiertamente su opción por la vía armada. En ese momento confluyeron en ellas tanto muchachos

liberales descontentos con el régimen o perseguidos por éste (casos de los hermanos Vásquez Castaño o Lara Parada), miembros del PCC cansados con sus métodos

de dirección y su 'pasividad' (por ejemplo, Víctor Medina Morón), como líderes estudiantiles destacados (tales como Jaime Arenas y Julio César Cortés). Son estos sectores los que conformaron el núcleo fundador del ELN. A diferencia de las experiencias foquistas al estilo MOEC —algunos de sus cuadros terminaron en la nueva organización—, el ELN seleccionó un sitio en donde, además de las condiciones sociales, las guerrillas liberales aún tuvieran activos destacados: se trataba del Magdalena Medio santandereano<sup>38</sup>.

El ELN hizo aparición pública el 7 de enero de 1965 con la toma de Simacota. Luego vendrían una serie de acciones que le otorgaron prestigio entre los activistas de izquierda. Pero el momento más brillante de su existencia fue cuando Camilo Torres Restrepo se incorporó al destacamento guerrillero. Camilo había hecho un rápido proceso de radicalización dentro de su perspectiva cristiana, casi tan veloz como su fugaz campaña política de poco menos de seis meses<sup>39</sup>. Con la idea de llegar a amplios sectores de la población creó el Frente Unido que intentó ser una alianza de oposición,

31 Véase el citado libro de Mauricio Montoya, *El MRL*, y César Ayala, "El origen del MRL, 1957-1960" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 22, 1995, págs. 95-121.

32 Según Jorge Child, existía una tercera 'línea' integrada por las juventudes, cuyo sector más radicalizado gestará el ELN, y por el PCC ("El MRL" en Gustavo Gallón, *Entre movimientos y caudillos*. Bogotá: Cinep-CEREC, 1989, pág. 85).

33 Curiosamente no contamos con muchos balances históricos de su trayectoria salvo el emprendido por César Ayala, *Nacionalismo y populismo: Anapo y el discurso de la oposición en Colombia: 1960-1966*. Bogotá: Ed. Códice, 1995 y *Los orígenes de la Alianza Nacional Popular: Oposición y resistencia al establecimiento del Frente Nacional (1953-1964)*, Bogotá: Colciencias-Universidad Nacional, 1996.

34 Proletarización... págs. 101-103.

35 *Ibid.*, 111.

36 La literatura sobre esta organización político-militar es más abundante, aunque dispersa. Para los inicios del ELN nos apoyamos en el citado texto de Proletarización y en testimonios recogidos por Olga Behar, *Las guerras de la paz*. Bogotá: Planeta, 1985 y Cristina de la Torre, "Nacimiento del ELN, revelaciones de Ricardo Lara Parada", *Trópicos*, No. 3, marzo-abril de 1980, págs. 13-30.

37 Nótese que fue el único grupo que se fundó en el exterior y que curiosamente tiene ahora como dirigente máximo a un español, el cura Manuel Pérez.

38 Lara Parada en crítica al reportaje citado ratificó la acertada escogencia del Magdalena Medio para iniciar la lucha ("Rectificación", *Trópicos* No. 7, 1987, págs. 9-10). Sobre la región véase Alejo Vargas V., *Magdalena Medio santandereano: Colonización y conflicto armado*. Bogotá: Cinep, 1992.

39 Estos rasgos biográficos están tomados de Orilando Villanueva, *Camilo: Acción y utopía*. Bogotá: Ed. Códice, 1995 y de Javier D. Restrepo, *La revolución de las sotanas, Golconda 25 años después*. Bogotá: Planeta, 1995.



Camilo Torres (derecha), Fabio Vásquez (izquierda) y Victor Medina (medio).

pero que, en la medida en que se polarizó en torno a la abstención, alejó al MRL y la Anapo primero y luego al PCC y a la Democracia Cristiana, para quedar a disposición de los activos del ELN. Con el ingreso de Camilo a la guerrilla, el Frente Unido quedó en manos de Jaime Arenas quien intentó organizarlo hasta cuando fue encarcelado a fines del 65. La prematura muerte de Camilo en febrero de 1966 dejó huérfano al ELN de proyección política amplia, aunque le sirvió para recoger en su seno a jóvenes con espíritu de sacrificio, sobre todo cristianos<sup>40</sup>. Muchos de ellos prontamente encontrarían fuentes de frustración, como veremos en la segunda parte de este ensayo, y se producirían tensiones que derivaron en fusilamientos y desertiones<sup>41</sup>. En todo caso, el período comprendido entre 1965 y 1970 fue de auge para el ELN, al menos en términos de incremento de su militancia. Luego vendrá la operación Anorí, el desmantelamiento de las redes urbanas y los consiguientes consejos de guerra, que casi aniquilan la organización. Al mismo tiempo se iniciaría un proceso de replanteamiento sobre la concepción foquista que daría frutos años después.

Por los mismos años en que se gestaba el ELN, y casi desde los mismos orígenes, surgió el PC-ML, bastión del maoísmo hasta finales de los años 70<sup>42</sup>. El PCC había admirado en su momento a la revolución china y aplicado sin mucha reflexión parte de

sus enseñanzas en las autodefensas durante la Violencia<sup>43</sup>. Con la ruptura internacional de los partidos comunistas soviético y chino, hubo un sector minoritario dentro del PCC y más abundante de la Juventud Comunista que al ser expulsado convocó a todos los marxistas-leninistas a formar un nuevo partido. Allí convergieron grupos procedentes del PRS, Moec y aún de las Juventudes MRL. En 1965 celebraron en una casa de Soacha el X Congreso y retomaron la numeración de eventos procedente del PCC. Con ello plasmaban el intento que se vivía a nivel internacional de reconstituir los viejos Partidos Comunistas. En 1967 fundaron su brazo armado, el Ejército Popular de Liberación (EPL), el cual pretendió abrir varios focos en el Valle, el Magdalena Medio antioqueño y en la zona del Alto Sinú y del San Jorge. Sólo el último sobrevivió en gran parte por el apoyo encontrado entre los viejos guerrilleros liberales agrupados en torno a Julio Guerra. Pero aun este foco fue sometido a un duro cerco por parte del ejército nacional. En el proceso de crear y consolidar el brazo armado no sólo murió la mayoría de sus fundadores sino que la organización se aisló del conjunto social.

El PC-ML, caracterizado por su defensa ortodoxa del maoísmo y con un tratamiento de las contradicciones, típico de la época, fue expulsando a diversos núcleos que diferían en cuestiones de táctica revolucionaria o de organización. Así sucedió con los grupos de Antioquia que conformarían la Liga ML en 1972 y la gran división que arrastró a la mayoría de la militancia en 1974, cuando salieron la Tendencia Marxista Leninista Maoista (TMLM) y otras pequeñas escisiones, como la Línea Proletaria<sup>44</sup>. Estas fracciones no se consolidaron y prefirieron sumarse a los polos existentes en ese momento, sobre todo la URS y el M-19. A la muerte, en 1975, de Pedro León Arboleda, el único de los dirigentes sobrevivientes de la fundación junto con Francisco Caraballo, se gestó una efímera disidencia armada que tomó su nombre para identificarse, el PLA. Estos grupos, más innumerables siglas que pulularon a fines de los 60 y principios de los 70 en el mundo estudiantil en particular, conformaron el llamado

campo ML. Sin embargo, a fines de los setentas, el PC-ML, influido por los dirigentes albaneses, decidió romper con China y el maoísmo, para trazar una de las trayectorias más paradójicas de replanteamiento político vistas en nuestro país: de la uniformidad maoísta a las más disímiles posiciones recientes.

Para completar el cuadro de esos años resta mencionar el surgimiento de las FARC. Después de las vacilantes declaraciones del PCC en relación con la autodefensa y la combinación de formas de lucha, vino la ofensiva estatal enmarcada en el discurso de las 'repúblicas independientes'. Antes había ocurrido el asesinato del máximo dirigente de las autodefensas comunistas, Jacobo Prías Alape, y el atentado a Juan de la Cruz Varela. La operación contra Marquetalia y la menos evidente contra otras zonas de influencia comunista, presionaron la convocatoria de la Primera Conferencia guerrillera a fines de 1964. A mediados del 65, la Segunda Conferencia dió origen a un mando centralizado que transformó las autodefensas en las FARC. Según Eduardo Pizarro no sólo el hostigamiento militar explica el surgimiento de éstas, también hubo una reacción a la aparición de los focos del ELN y de los

maoístas<sup>45</sup>. La historia de las FARC fue menos notoria que la de otros grupos guerrilleros en esos años e incluso la organización estuvo a punto de sucumbir por fracasos militares. Al contrario de las otras guerrillas, su base fue siempre más campesina lo que se reflejó en su inicial plataforma política. En ese sentido estuvo lejos del foquismo predominante en las otras guerrillas<sup>46</sup>. A fines de los setenta revivió y redefinió su relación con el PCC y su explícita vocación de poder.

c) 1965-1970: Estos años son de consolidación de la 'nueva' izquierda y posiblemente, en mayor medida, de desaparición de innumerables grupos. Coincide este período con una disminución en la agitación popular, la desaparición del MRL y el auge de la Anapo. El grupo más destacado que surgió en estos años fue el Moir<sup>47</sup>. Este fue fundado en 1969 en Medellín por el sector que provenía del MOEC dirigido por Francisco Mosquera. En un principio no se definió si era un Partido o un aparato sindical, pero sí era muy marcada la influencia maoísta. El periódico *Frente de Liberación* había pertenecido a Golconda, pero con la salida de monseñor Guzmán del país, quedó expósito y fue retomado por laicos cercanos a la nueva organización. En enero

40 Aunque después de Camilo hubo sectores cristianos que militaron en su seno, sería un error pensar que esa ha sido su única alternativa política. Como lo demuestra la trayectoria del grupo Golconda, hubo un sector que se opuso al ingreso de los curas a la guerrilla. Véase el citado texto de Javier D. Restrepo, *La revolución de las sotanas...* y el testimonio de Manuel Pérez en Carlos Arango, *Crucifijos, sotanas y fusiles*. Bogotá: Ed. Colombia Nueva, 1991. Algunos curas siguieron agrupados en Sacerdotes para América Latina, SAL, que más que organización política fue un espacio de reflexión teológica y de acción pastoral renovada.

41 Véase la entrevista a Jaime Arenas en Germán Castro, *Del ELN al M-19, once años de lucha guerrillera*. Bogotá: Carlos Valencia Eds., 1980. El mismo cura Pérez reconocerá que los ajusticiamientos del 68 fueron injustos, pues se trataba de hombres que "lucharon honestamente por la revolución" (en Carlos Arango, *Crucifijos...*, pág. 253).

42 Para esta parte nos apoyamos en los ya citados textos de Proletarización, Olga Behar, Fabio López y en concreto el de Villarraga y Plazas. Estos últimos cuentan que en el evento de fundación, llevado a cabo en condiciones de estricta clandestinidad, se hicieron presentes 95 delegados plenos y 8 asistentes internacionales (págs. 42-43).

43 El peso del maoísmo en el PCC todavía se percibe en el libro del Comité Central, *Treinta años de lucha...* Pedro Vásquez Rendón había sido delegado por el PCC a las autodefensas de Chaparral y allí insistió en aplicar el modelo chino (Medófilo Medina, "La resistencia campesina en el sur del Tolima", en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec, 1986, pág. 264).

44 Aunque es casi imposible precisar las magnitudes de la militancia en organizaciones clandestinas como el PC-ML, Plazas y Villarraga hablan de unos mil militantes en el mayor 'regional' de esa organización, el de Antioquia (*Para reconstruir...*, pág. 104). No es difícil suponer un número similar al del Moir y a los grupos socialistas, y menor al del PCC. La comparación con las organizaciones armadas es más difícil. En todo caso, dentro de la común precariedad de la izquierda, las organizaciones mencionadas no eran despreciables, máxime si se mira su influencia en las organizaciones sociales (cierto sector del sindicalismo, parte de las asociaciones de usuarios y el grueso del movimiento estudiantil).

45 Eduardo Pizarro, *Las Farc...*, pág. 189. Estrictamente el EPL se fundó dos años después.

46 Eduardo Pizarro, *Insurgencia...* págs. 34 y ss. El foquismo impactó incluso al EPL a pesar de sus declaraciones en favor de la 'guerra popular prolongada'.

47 La información tanto para estos años como para el siguiente período proviene del ya mencionado texto de Proletarización...

de 1970 lanzó la consigna de Paro Patriótico, pero lo fue posponiendo sin motivo aparente. Nunca se supo si se trataba de una huelga obrera, de un paro cívico o de un movimiento abstencionista. Esa ambigüedad era parte de su comportamiento político. De la misma forma, en el paro obrero del 71 se marginó acusándolo de reformista. Por esa época su organización juvenil (Juventud Patriótica) logró una importante votación en el marco del cogobierno universitario. Esto llevó al Moir a pensar en la necesidad de hacer política en cualquier espacio que lo permitiera, por más menguado que fuese. Así, en 1972, se lanzó por primera vez a elecciones, aunque aún no renunciaba al discurso que privilegiaba la lucha armada, pero en la teoría, pues en la práctica poco hizo en ese sentido. Obtuvo 19.000 votos en alianza con Alberto Zalamea. Para la coyuntura electoral del 74 se incorporó a la Unión Nacional de Oposición, UNO, junto con el PCC y un sector de la Anapo, la que obtuvo 158.502 vo-



tos<sup>48</sup>. Por primera vez se vió en el país una novedosa pero inestable alianza entre sectores prochinos y prosoviéticos. En realidad el difícil matrimonio duraría poco, hasta 1975, cuando se produjo la ruptura sindical en el marco del Congreso de la CSTC<sup>49</sup>. Después el Moir forjaría con un sector de la Anapo y el grupo político de la dirección de la ANUC (conocido en esos años como la Organización Revolucionaria del Pueblo, ORP) una alianza electoral en contrapeso de las agenciadas por el PCC y los grupos socialistas.

d) 1970-1975: Fue otro período de ebullición de ideas, autocríticas y rectificaciones que dio origen a nuevas agrupaciones y enterró a otras tantas. Coincidió con el éxito electoral de la Anapo y su posterior bancarrota y con el auge de los movimientos estudiantil, campesino y en menor medida sindical.

En el marco de las organizaciones políticas de izquierda se presentó tanto el fraccionamiento del campo ML como la irrupción de corrientes socialistas, algunas de ellas declaradamente troskistas. Desde fines de los sesenta se había hecho presente un pequeño núcleo de esa tendencia, Espartaco. Pero fue en febrero del año 70 cuando surgió en Cali en torno al movimiento estudiantil un grupo que retomó algunas tesis del extinto PRS y se reivindicó abiertamente socialista. En un principio asumió una posición abstencionista y refractaria a cualquier propuesta de conseguir reformas, incluida la universitaria. En esto los primeros socialistas estarían cerca de las posiciones foquistas y maoistas. Participaron también en las primeras fases de gestación de la Anuc y aportaron la consigna "la tierra sin patrones". Esta tendencia socialista se fraccionaría luego en un ala más radical, y más proclive al troskismo internacional, el Bloque Socialista, y un ala que comenzó a reivindicar a nombre del leninismo una relectura de la acción política de izquierda: la Unión Revolucionaria Socialista. Esta última fue alimentada tanto por núcleos remanentes del Camilismo, como por sectores que provenían del campo ML. Su trayectoria de creatividad dentro de la izquierda y de aplicación novedosa de Gramsci, que la llevó a

cuestionar la lucha armada, no fue sino, en palabras de uno de sus integrantes, "un canto de cisne del leninismo en Colombia"<sup>50</sup>.

El que la URS o las organizaciones troskistas que se desgajaron del Bloque Socialista no hayan tenido mayor apoyo se debe en parte a su sofisticado discurso y en parte, tal vez mayor, al atractivo que comenzó a ejercer en la izquierda la nodevosa forma de acción político-militar del M-19. Al romper esquemas ideológicos heredados de la lectura marxista de la realidad, el M-19 irrumpió como una fuerza nacionalista derivada de la Anapo. En su calidad de guerrilla no se circunscribió en un principio al campo sino que actuó en los marcos urbanos, y utilizó ágiles formas de propaganda. Desde el principio planteó la necesidad de unificar las fuerzas guerrilleras. Aunque su desarrollo escapa al período estudiado, debemos mencionar su origen pues reciclará la opción armada en un momento en que la guerrilla estaba en reflujo y dentro de la izquierda brotaban voces críticas sobre la primacía de la lucha armada que llamaban a renovar la acción política<sup>51</sup>.

Como tal, el M-19 surgió a fines de 1973 e inicios de 1974. Sus fundadores provenían de sectores distanciados de las Farc y de grupos radicalizados de la Anapo a los cuales también se unieron sectores cristianos. En un principio, aún incrustados en la Anapo (Socialista) plantearon la necesidad de transformarla en un partido de izquierda. Ante el evidente fracaso de esa táctica, rompieron con la dirección populista y se lanzaron a la acción político-militar con ribetes a lo Robin Hood. Luego vendría un giro con el secuestro y posterior ejecución de José Raquel Mercado, que mostró una concepción de corte militarista mientras de modo paralelo se propiciaba el acercamiento (?) a la clase obrera.



## CONCEPCIÓN DE LA POLÍTICA

Recorrida a grandes pasos la trayectoria de las principales organizaciones de oposición política al Frente Nacional, creemos oportuno intentar responder a la pregunta ¿qué es la política —en el sentido práctico que dábamos en las primeras páginas— para ellas? Dos advertencias se imponen antes de iniciar esta sección. Por un lado, aunque haremos un acercamiento sincrónico a lo común en los discursos de izquierda, no podemos dejar de lado su diversidad y los cambios fundamentales en el tiempo. Es evidente que no es lo mismo invocar la lucha armada a principios del Frente Nacional que en sus estertores. Incluso, en ese momento final había más voces críticas de esa postura o al menos de la forma como se había desarrollado.

De otra parte, nuestro análisis se centrará en la izquierda marxista, pues consideramos que la misma fue el elemento más dinámico en términos de discurso político durante esos años, que incluso impactó el imaginario político de organizaciones desprendidas del bipartidismo, caso MRL y Anapo, así sus prácticas hayan continuado moldes tradicionales clientelistas o populistas. Lo anterior implica, en todo caso, matizar ciertas generalizaciones, pues no en todas ellas cabría lo que hemos llamado oposición institucional al régimen bipartidista. Hechas las aclaraciones del caso, iniciemos el intento de respuesta a la crucial pregunta que nos planteamos.

La forma como la izquierda va a entender y ejercer la política está muy emparentada con sus expresiones culturales. Un rasgo fundamental en estos años de la cultura de izquierda fue el impacto

48 En 1976, la UNO sin el Moir y en elecciones de mitaca obtuvo 107.618 votos. Nicolás Buenaventura, "La oposición al Frente Nacional", *Estudios Marxistas*, No. 13, 1977, pág. 24.

49 Los pormenores de esta confrontación están analizados por Fernán González, *Pasado y presente del sindicalismo*. CONTROVERSIA Nos. 35-36. Bogotá: Cinep, 1975.

50 Título de la ponencia de Alberto Melo publicada en el citado libro de Gustavo Gallón, *Entre movimientos y caudillos*, págs. 166-171.

51 En esta sección nos apoyamos en el libro de Fabio López y la entrevista a Jaime Bateman publicada en Germán Castro (*Del ELN...*).

de los imaginarios de otras experiencias revolucionarias<sup>52</sup>. A la tradicional referencia a la URSS, se agrega la fascinación que ejercieron los procesos de la China, Cuba y luego Viet Nam. Todos ellos en contravía de la transición pacífica proclamada por la URSS y repetida por los viejos Partidos Comunistas. También la tardía llegada del troskismo a nuestro medio respondió a la necesidad de buscar nuevas fuentes de inspiración para la pretendida experiencia revolucionaria en el país. De modo que al panorama político y cultural del país se le agregará un imaginario que empataba perfectamente con el momento que vivía: el de la guerrilla triunfante encarnada en los barbudos que entraron en enero de 1959 a la Habana. Pero, como es obvio, las simpatías internacionales y el peso de los modelos revolucionarios no explican en su totalidad la actividad de la izquierda en esos años.

La izquierda fue excluida del escenario político durante el Frente Nacional, pero también se autoexcluyó. Por eso hablábamos páginas antes de una oposición colocada doblemente afuera: del régimen bipartidista y de la institucionalidad en general. Uno de los aspectos de esa autoexclusión tiene que ver con la concepción de la democracia y la lucha política en torno a las libertades democráticas. A lo largo de esos años la izquierda tuvo no sólo una sospecha, sino un abierto desprecio por la democracia 'burguesa'. La organización matriz, el PCC, vaciló desde los inicios del régimen bipartidista entre la condena y el reconocimiento de aspectos positivos de éste. La táctica comunista a la sazón consistía en "la progresiva democratización del país" más que en el derrocamiento del gobierno<sup>53</sup>. Al Frente Civil se le reconoció legitimidad, pues se convirtió "de hecho en la plataforma de una amplísima coalición ciudadana contra la tiranía". Se resaltaba también el paso positivo de legalizar al Partido, así fuera para excluirlo en la práctica<sup>54</sup>. A renglón seguido los comunistas denunciaban al régimen bipartidista como "un aparato de gobierno fundamentalmente reaccionario para asegurar la hegemonía de clase, aunque hubo de hacer concesiones al pueblo en materia de libertades democráticas limitadas"<sup>55</sup>.

Esa ambivalente postura ante la democracia por parte del PCC se anclaba tanto en la práctica cotidiana de una exclusión política como en la concepción ideológica de que el socialismo encarnaba una democracia más perfecta. Eso lo llevó a desarrollar una mirada utilitaria sobre las libertades democráticas. Estas eran medios de movilización, cuando más<sup>56</sup>.

Si nos hemos detenido en la ambigüedad del PCC ante las libertades democráticas, es para señalar no sólo el peso de la organización matriz del resto de la izquierda, sino también el polo más sensible a la lucha democrática dentro de las agrupaciones marxistas a principios del Frente Nacional. El resto del panorama, hasta los setenta, es claramente despectivo en relación con la democracia. Para ilustrar este punto bastaría citar el siguiente aparte del discurso del Moir en 1973, un año después de haber participado por primera vez en un proceso electoral: "...Los revolucionarios comprendemos que las elecciones son una farsa de la democracia de las clases dominantes reaccionarias, pero las aprovechamos concientemente, aprovechamos cualquier grieta que el sistema nos deje para ir a las masas..."<sup>57</sup>. Si la izquierda que iba a elecciones pensaba así de su participación en ellas, qué se podría decir de aquellas organizaciones que ni siquiera consideraban esa posibilidad. En general la izquierda marxista consideraba que la democracia era una dictadura de las clases dominantes que se particularizaba en el excluyente Frente Nacional y que cualquier lucha por las libertades democráticas era 'embellecer' al régimen que se pretendía derribar<sup>58</sup>.

Como advertíamos líneas arriba, habría que señalar que esta mirada no era compartida por la oposición institucional. Sin embargo, el MRL y la Anapo criticaron al Frente Nacional y ellos mismos coquetearon con la idea de golpe militar. En la Anapo fue clara esta actitud en sus inicios y en el MRL, la línea 'dura', en particular Alvaro Uribe Rueda, buscó con afán que el general Ruiz Novoa diera el ansiado golpe a mediados de los años sesenta<sup>59</sup>. En síntesis, aún en la oposición más institucional había instrumentalización, cuando no abierto desprecio por la democracia.

Esta actitud encuentra doble explicación en el cierre político del pacto bipartidista y en el imaginario de la misma oposición. Para decirlo en pocas palabras, la tarea que estaba al orden del día era hacer la revolución. Se invirtió así la consigna que se planteaba el PCC en 1958: ¡derrocar el gobierno más que democratizar la sociedad! Desde esa perspectiva todo lo que no fuera revolucionario, distraía del objetivo final. Pero ¿qué era ser revolucionario?

Había una referencia formal a los programas políticos y en esos años sí que se debatían sus términos. Muchas energías consumió la discusión en torno al desarrollo del país y la fase revolucionaria que debía seguir. Ello marcó incluso la lectura histórica del pasado nacional. En particular fue álgida la polémica sobre si hubo o no revolución burguesa en el país. De esa definición se derivaba lo que seguía, si una revolución socialista a secas o una que completara las tareas 'democráticas' pendientes. De atenernos a ese debate, sería más revolucionario quien reclamara transformaciones más radicales, en este caso deberían ser los socialistas, mientras quienes planteaban una revolución de 'nueva' democracia al estilo chino, deberían ser considerados menos revolucionarios. Pero así no funcionaban las cosas en esos años. La diferencia entre una actitud revolucionaria y una reformista, para no hablar de

la contrarrevolucionaria, estaba más en los medios que en los fines.

Desde una postura monista, del todo o nada, el programa no importaba tanto, pues en últimas no había mucho que negociar. Lo definitivo era el medio para llegar al poder, y ahí sí desarrollar el programa propuesto. Lo formal era lo programático; lo real eran los instrumentos para la toma del poder. Por eso el punto de discordia definitivo en esos años no fue el proyecto de sociedad que se planteaba sino la opción real por la lucha armada. En ese sentido, se pudo llegar a considerar más revolucionario a quien tuviera un buen manejo de la estrategia militar que a un sólido marxista<sup>60</sup>. Es claro entonces que se trataba de una mirada instrumental de la política y militar de la guerra que no sólo olvidaba la famosa frase de Clausewitz —la guerra es la continuación de la política por otros medios— sino que terminaba despolitizando la política al vaciarla de contenido.

Si lo que importaba era manejar mejor el fusil, poco servía construir un programa y desarrollar una acción política concomitante. La acción de la izquierda era entonces un terreno poco fértil para la elaboración teórica, aunque en esto hubo excepciones, entre los socialistas y algunos núcleos comunistas y maoistas<sup>61</sup>. Cuando más, se consideraba como 'teoría' una serie de recetas monistas que justificaban la

52 Tema desarrollado por Fabio López, *Las izquierdas...*, capítulo 10.

53 Tribuna del VIII Congreso, junio de 1958, citado por Proletarización, pág. 82

54 *Treinta años de lucha...* págs. 131 y siguientes. Se habló incluso de la desmovilización total del movimiento guerrillero como respuesta a esta tímida apertura política.

55 *Ibid.* pág. 138.

56 Aspecto desarrollado por Fabio López, *Izquierdas...* págs 147 y siguientes. Véase, por ejemplo, esta frase al respecto: "la clase obrera, consciente de que los derechos democráticos son una conquista del pueblo que debe usarse para la defensa de su nivel de vida, ha presentado centenares de pliegos de petición" (*Treinta años de lucha...* pág. 147).

57 *Tribuna Roja* No. 10, octubre de 1973, citado por Proletarización... pág. 408.

58 Véase a guisa de ejemplo, esta frase de la proclama de Camilo desde las montañas: "Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponían la dictadura de la oligarquía" (Citado por Orlando Villanueva, *Camilo...*, pág. 246).

59 César Ayala ilustra las aventuras golpistas de la naciente Anapo en su citado *Nacionalismo y Populismo*, y Mauricio Botero (*El MRL*), reproduce dos testimonios sobre el acercamiento a Ruiz Novoa, págs 141-142.

60 Jaime Zuluaga, "Nueva izquierda..." pág. 401. Por la misma vena véase el ensayo de Eduardo Pizarro, "Elementos para..." págs 18-20. Este militarismo se vivió con dramatismo en el seno de las guerrillas y fue una de las causas de las tensiones entre campesinos-guerrilleros e intelectuales.

61 En los sesentas fueron catalogados de intelectuales 'academicistas'. Fruto de los cuestionamientos que surgen a principios de los setenta florecen revistas como *Ideología y Sociedad*, *Teoría y Práctica*, *Uno en Dos*, *Estudios Marxistas* y la misma *Alternativa*, que contribuirán a implantar una mirada menos dogmática de la realidad.

acción. Por esa vía se reforzó la habitual desconfianza de las élites, que heredó la izquierda, hacia el pensamiento crítico, el pluralismo, la disidencia y todo lo que sonara a heterodoxia<sup>62</sup>. Grupos dirigidos por elementos de las clases medias que se reclamaban herederos del marxismo, terminaron satanizando a la intelectualidad<sup>63</sup>. Pero ahí no terminan las paradojas.

La vieja izquierda comunista, formada en moldes más europeos, pensaba que el escenario de la revolución era la ciudad, pues allí residían tanto el actor principal —la clase obrera—, como el grueso de los aparatos del Estado. A pesar de todo el fracaso de las revoluciones europeas posteriores a la Primera Guerra Mundial y el triunfo de los procesos chino, cubano y vietnamita, así como de muchas luchas anticoloniales como la argelina, sugerían otra posibilidad que tomó fuerza en la 'nueva' izquierda. Por razones de estrategia militar —y de nuevo lo militar sobre la política— el campo era más indicado para iniciar el foco guerrillero que la ciudad. Había menos control militar e ideológico de los aparatos estatales y el campesinado era más proclive a la rebelión. Al fin y al cabo muchos habitantes rurales habían empuñado las armas durante la Violencia y muchos aún las conservaban. El asunto era, como de forma casi caricaturesca lo señala Tulio Bayer en su testimonio: orientar mejor a esos campesinos armados<sup>64</sup>.

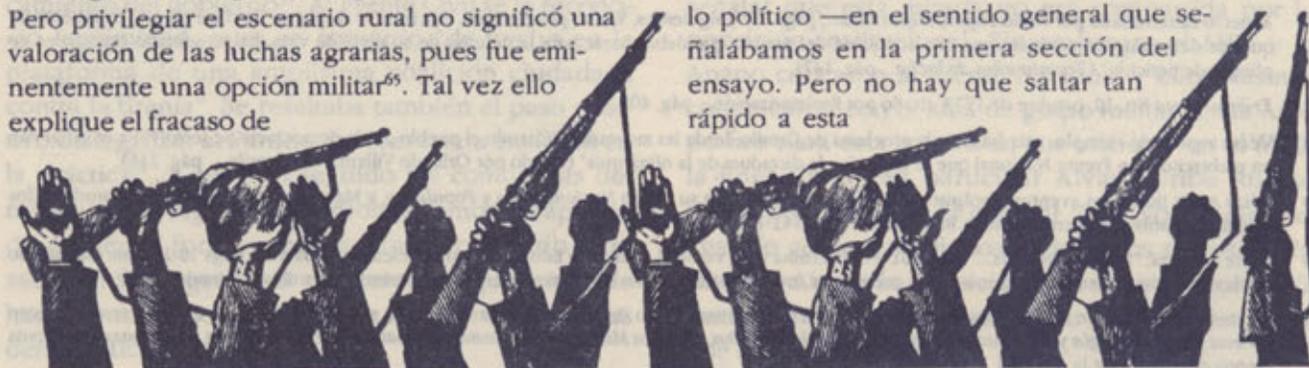
En consecuencia, se 'revisó' el marxismo para acomodarlo a las condiciones colombianas o mejor a la lectura que la izquierda hacía de esas condiciones según el imaginario vigente en el momento. Pero privilegiar el escenario rural no significó una valoración de las luchas agrarias, pues fue eminentemente una opción militar<sup>65</sup>. Tal vez ello explique el fracaso de

los primeros focos. Los que sobrevivieron, en el Magdalena Medio y el Noroccidente costeño, se debieron a la existencia de tradiciones de lucha agraria, además de la presencia de guerrilleros liberales.

Pero la 'revisión' del marxismo fue aún más lejos. El actor privilegiado por éste, el proletariado, fue dejado por la 'nueva' izquierda en términos de símbolo cuando más, y definitivamente en un lugar secundario en la práctica. Pero el campesinado no corrió con mejor suerte. Por factores de estrategia militar éste parecía más proclive a la rebeldía. Y decimos bien, a la rebeldía, pues la izquierda desconfiaba de su espíritu revolucionario. Por eso, con el artificio ideológico de invocar en abstracto al proletariado, algunos intelectuales pretendían dirigir la revolución con el apoyo de un campesinado receloso y del que se recelaba. Si en este punto la izquierda no fue marxista, sí fue bastante leninista, pues lo que hubo fue un real vanguardismo<sup>66</sup>.

El resultado obvio del privilegio de la opción armada fue el rechazo o al menos la sospecha sobre los procesos electorales. Estos fueron desechados abiertamente o utilizados con desdén cuando más. Se llegó al extremo de convertir en principio el abstencionismo y de juzgar el carácter revolucionario de una organización sobre la base de su aceptación o rechazo<sup>67</sup>. Incluso el MRL no estuvo exento de esta lectura; al menos así sucedió cuando la 'línea dura' proclamó la abstención en 1966<sup>68</sup>.

Con facilidad se podría extraer la conclusión de que este rechazo a las elecciones significaba un desprecio por parte de la izquierda de los escenarios públicos —y por ende de inscribirse en lo político —en el sentido general que señalábamos en la primera sección del ensayo. Pero no hay que saltar tan rápido a esta



conclusión, pues no fue del todo cierta y en cualquier caso no fue fruto exclusivo de su voluntad. El cierre político y la indiferencia social del Frente Nacional son también culpables, pero en estas páginas nos interesa ver la responsabilidad de la izquierda. Esta, ante todo, no se marginó de las confrontaciones sociales (obreras, campesinas o estudiantiles), así les asignara un papel secundario. De esto hablaremos en la siguiente sección.

En el terreno de la acción política la izquierda en general sí fue más marginal aunque algunos sectores participaron tímida o ambiguamente en procesos electorales. Ya hemos visto los casos del PCC o del Moir. El problema es que no sólo se les impedía participar, al menos hasta la reforma constitucional del 68, sino que, con las excepciones mencionadas, la izquierda decidió no participar incluso a ver la necesidad de hacer una amplia agitación de sus propuestas. La trayectoria del Frente Unido ilustra lo que queremos decir. Camilo Torres, una vez reducido al estado laical, se lanzó a una gira política que buscaba llevar sus mensajes a amplios sectores. Pero el cerco se le iba estrechando: no sólo sus intervenciones fueron por lo general en recintos cerrados, en especial universitarios, sino que cada vez le fue más difícil hablar en público<sup>62</sup>. Se podría aducir que los aparatos represivos le redujeron el espacio político, pero esa es parte de la verdad. Camilo mismo se fue marginando por privilegiar su opción por la guerrilla. Para acabar de complicar las

cosas, hay que decir que al ELN de ese momento no le interesaba la agitación del Frente Unido más allá de lo que sirviera para consolidar redes urbanas y reclutar personal.

Volvemos de nuevo al punto inicial: ¿cuál es la concepción de la política que predominaba en la izquierda esos años? La respuesta es clara: su proyecto de un crudo jacobinismo era hacer la revolución a como diera lugar. En su lucha por el poder privilegió la idea de la guerra y toda guerra se nutre de la enemistad radical. El terreno de la acción política fue abandonado en manos del 'enemigo' mientras la izquierda se reservó el de la guerra o al menos el de su preparación. Se puede matizar esta afirmación al señalar que la experiencia del Frente Unido fue única, que el PCC participó en elecciones y que otro tanto hizo el Moir desde el 72, que muchos futuros guerrilleros votaron al inicio del Frente Nacional y por diversos motivos se desencantaron con la política tradicional y en últimas, que el culpable de todo fue el mismo régimen bipartidista. Esto tiene algo de cierto, pero soslaya el cuestionamiento fundamental que no lo hago yo desde mi cómodo presente, sino que algunos actores, no muchos desafortunadamente, hicieron en su momento. Ese cuestionamiento apuntaba a señalar que la concepción de política que presidió la acción de la izquierda la llevó a retirarse de importantes espacios públicos, en especial de las ciudades y a privilegiar lo militar sobre lo político. Lo que predomi-

62 Este punto ha sido desarrollado por Fabio López, *Izquierdas...* capítulo 10.

63 En las organizaciones guerrilleras este fenómeno fue en particular dramático como lo ilustran el testimonio de Jaime Arenas (en Germán Castro, *Del ELN...*, pág. 42) y la narración de Villarraga y Plazas (*Para reconstruir...*, pág. 106).

64 "El levantamiento..." págs 91 y 92. El caso de Bayer fue muy grave pues se topó con una cuadrilla de guerrilleros liberales en proceso de bandolerización.

65 Alejo Vargas ilustra, para el Magdalena Medio santandereano, el poco peso de la ANUC debido, entre otros factores, al choque con la política estratégica del ELN y el PCC. (*Magdalena Medio...*, págs 181 y ss.) La opción pragmática por el escenario rural no estuvo acompañada, al menos en sus inicios, por una comprensión teórica del mundo agrario y menos de la ciudad.

66 Aquí se me viene a la mente la larga disquisición que Regis Debray hizo para justificar que la teoría del foco fue en verdad una aplicación del leninismo (Véase *La Crítica a las armas*. México: Siglo XXI, 1975, págs. 157 y ss). En su último libro E. Pizarro recalca la relación entre foquismo y leninismo (*Insurgencia...*, pág. 34).

67 Esta es, por ejemplo, la clave de lectura que preside el texto del grupo Proletarización.

68 Según Mauricio Botero, el abstencionismo acabó por matar la 'línea dura' pues se prestó para más divisiones y sobre todo, los sacó de la política (*El MRL*, capítulo 16).

69 Orlando Villanueva desmonta con solvencia el mito de la capacidad movilizadora de Camilo, aunque reconoce su carisma sobre todo entre el mundo estudiantil (*Camilo...* pág. 215).

naba en su acción política era el marginamiento<sup>70</sup>. Hoy día es común llamar a esa postura como 'foquismo', del que todo el mundo reniega; pero en esos años el foquismo estaba en el centro del imaginario de la izquierda y la permeó más de lo que se suele reconocer<sup>71</sup>. La izquierda de los sesentas, aún la que no realizó acciones guerrilleras, tuvo una mirada militar de la política en parte por opción y en parte por imposición. En palabras de Nora Rabotnikof fue un fenómeno común a la izquierda latinoamericana de esos años: la hegemonía del paradigma del 'estratega' —que se amoldó al imaginario del guerrillero— impidió considerar otras visiones de la política<sup>72</sup>.

Estos puntos comenzaron a ser comprendidos al final del período estudiado. Tal vez ayudó a dicho inicio de crítica —o autocrítica— el reflujó de las organizaciones guerrilleras, el auge de los movimientos sociales —en la coyuntura del 70-71— y el apogeo de la Anapo. Ya veíamos que 1970-1975 fue un período de ebullición ideológica en el cual circularon nuevas revistas críticas y se crearon nuevas organizaciones. La revalorización de la democracia y de las luchas por las libertades democráticas, la necesidad de superar la marginalidad política con el regreso a las plazas públicas, el reencuentro con escenarios urbanos y sus actores fueron reclamos hechos desde distintas esquinas de la izquierda: los intelectuales del PRS primero, luego la URS, la tendencia MLM, replanteamiento del ELN y el mismo Moir. Pero esas voces no tuvieron mucho eco, en parte por la timidez de la crítica, en parte porque ésta se hizo a medias y sobre todo porque el espacio político lo copó una nueva organización político-militar que recogió muchas de esas banderas pero reeditó la opción armada<sup>73</sup>. En un momento de promesas democráticas con el desmonte parcial del Frente Nacional y la amplia agitación de la Anapo, la izquierda se quedó corta en su retorno a la política. El M-19 con un discurso 'demócrata nacionalista'<sup>74</sup>, con su afán de protagonismo político, con el regreso al escenario urbano fue la respuesta más atractiva del momento, así otras como las de la URS fueran más elaboradas y consistentes. Llenó rápida-

mente el espacio de la izquierda, pero cercenó la posibilidad de ir hasta las últimas en los cuestionamientos surgidos. Gran parte de la responsabilidad del reencauche del militarismo en la izquierda le cabe al régimen, pero también ésta tiene responsabilidad por acción u omisión.

El foquismo rural entró en crisis y se impuso la dirección política de la guerra, pero sobrevivió la concepción militarista de la política en dos vertientes: la político-militar del M-19 —una especie de foquismo urbano— o por medio de la combinación de las formas de lucha del PCC-Farc —en la que el polo guerrillero predominará. Los resultados de estas tendencias pertenecen al período posterior. En el que nos ocupa hubo cambios —algo va del MOEC de los tardíos cincuenta, al ELN de los sesentas y al M-19 de los setentas—, pero los cambios presenciados dejaron intacta la médula de la concepción política de la izquierda: el imaginario del 'estratega' militar que no está muy lejos del guerrillero. La débil tradición de la crítica a las armas aún no cuajaba. Es hora de mirar no ya el mundo de la acción política, sino el de los otros escenarios públicos, el de lo político.



## LA IZQUIERDA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Una primera respuesta a la pregunta por la relación entre la izquierda y las organizaciones sociales entre 1958 y 1974, y aparentemente la más lógica, es que debió ser muy estrecha pues ambas partes coincidían en objetivos transformadores similares, aunque una más desde la esfera política y los otros desde la social<sup>75</sup>. Sobre esta coincidencia formal no habría que abundar, pues fue inherente al discurso de las organizaciones de izquierda y era la fuente última de su legitimidad. La coincidencia entre momentos álgidos de protesta social y mayor ebulli-

ción de la oposición política, por ejemplo a mediados de los sesenta o a inicios de los setenta, bastaría para ilustrar esa cercanía. Pero esa es la apariencia del discurso formal; conviene mirar con más cuidado la realidad, al menos la representada en los textos consultados, para descubrir otras vías de interpretación.

El peso ideológico del paradigma del estratega que ya veíamos hizo que en general la izquierda marxista privilegiara la lucha armada como la principal forma de lucha. En algunos casos ese privilegio fue llevado hasta las últimas consecuencias, en otros se quedó sólo en el discurso. La excepción sería el Partido Comunista con su propuesta de combinación de todas las formas de lucha, pero aún allí el peso de la estrategia militar fue creciente hasta terminar en los ochenta por desbordarlo<sup>76</sup>.

Con tal prioridad en mente, la acción política de la izquierda se orientó a subordinar las luchas concretas de los sectores sociales que influía en pos de la gran meta estratégica: la toma del poder por la vía armada. La concepción monista que guiaba su actividad llevaba a que toda presencia pública y también privada, se orientara a la confrontación. De esta forma las reivindicaciones concretas de los sec-

tores populares eran utilizadas como medio de movilización y cuando ésta se producía se buscaba conducirlos a un enfrentamiento con el Estado. En no pocas ocasiones también las protestas sociales fueron el instrumento de reclutamiento de nueva militancia. Por ello tiene razón Gonzalo Sánchez cuando señala que "los movimientos de masas y los proyectos armados discurrían por senderos divergentes... Metida físicamente en el país, la guerrilla colombiana seguía siendo culturalmente 'exiliada', con un accionar militar que terminaba no pocas veces antagonizando y estrangulando a sus propias zonas"<sup>77</sup>.

El privilegio de la lucha armada, verbal o real, reforzó el autoritarismo en el seno de la izquierda. Jaime Arenas lo denunciaba en el caso del ELN bajo el mando de Fabio Vázquez Castaño. El juicio a tres dirigentes de esa organización (Victor Medina, Heliodoro Ochoa y Julio C. Cortés) y su posterior ejecución en marzo de 1968 no fue sino una de sus expresiones<sup>78</sup>.

Pero si el testimonio de Arenas pudiera ser mirado con sospecha por su trayectoria personal, veamos el del actual líder de esa organización guerrillera. En una entrevista en 1991, Manuel Pérez

70 La frase casi textual de Villarraga y Plazas (*Para Reconstruir...* pág. 70) aplicada al PC-ML se podría extender a la izquierda.

71 La izquierda en general se autocriticó de la 'desviación foquista' —incluido el ELN según confesión del mismo cura Pérez (Carlos Arango, *Crucifijos...* pág. 251)—, pero creo que puede suceder con esto como cuando en la historia se encuentran 'chivos expiatorios' sobre los cuales se deposita la culpa para que todo el mundo se lave las manos.

72 "Las promesas de la política" en el ya citado *Suplementos* No. 28, págs. 100-108. El paradigma conflictual del estratega, anclado en la famosa frase de Clausewitz, fue central al marxismo aunque también a otras lecturas críticas de la democracia como la de Schmitt. Los extremos nuevamente se tocan.

73 E. Pizarro (*Insurgencia...* págs. 31-32) llama la atención sobre el peso internacional del fracaso de la experiencia chilena en el resurgir de la opción armada por esos años. Por lo demás coincido con su análisis del cambio de las guerrillas de los sesentas, más foquistas, a las de los setentas, con rasgos más societales y del peso del M-19 en ese resurgir: los proyectos políticos "murieron de física inanición y dejaron pues el camino abierto para las expresiones radicales" (*ibid.*, pág. 101). Marco Palacios también señala esta indudable transformación pero la cataloga simplemente como un paso del guerrillero altnista al pragmático (*Entre la legitimidad y la violencia*. Bogotá: Norma, 1995, pág. 347).

74 Expresión utilizada por Bateman en su entrevista a German Castro, *Del ELN...*, pág. 126

75 No sobra recordar que este ensayo se mueve en un plano hipotético apoyado en los rasgos comunes a la(s) izquierda(s) sin desconocer los matices de las principales organizaciones que se señalan oportunamente. Las dinámicas de los movimientos sociales, que es el otro polo de la relación estudiada, serán también abordadas en forma muy general. Su estudio pormenorizado es en particular el objeto de la investigación en curso.

76 Según Eduardo Pizarro, en 1982 las Farc redefinieron su papel en la estrategia de toma del poder: "Este fue un cambio crucial que determinaría, con el tiempo, del predominio del polo militar como agente dinamizador de la acción política de esta organización (el PC)" (*Las Farc...*, págs 201-202).

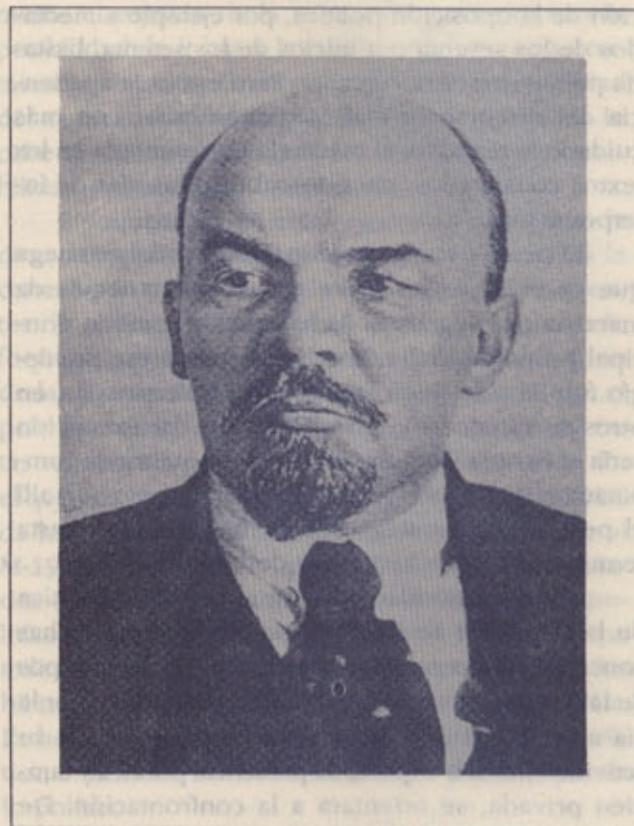
77 Prólogo al libro de Villarraga y Plazas, *Para reconstruir...*, pág. 15.

78 Jaime Arenas, destacado líder estudiantil de la UIS fue el contacto de Camilo con el ELN en su corta vida pública. Cuando el sacerdote ingresó a la guerrilla, Arenas asumió la dirección del Frente Unido, pero fue encarcelado poco después. Ya en la cárcel, conoció la noticia de la muerte de Camilo. Una vez quedó libre en 1967, ingresó a la guerrilla de donde desertó un año después. Escribirá un libro testimonial (*La guerrilla por dentro*. Bogotá: Tercer Mundo, 1972) y servirá de asesor del ministro Luis Carlos Galán antes de ser ejecutado por una célula del ELN en Bogotá.

recordaba que cuando entraron él y los otros dos curas españoles a la guerrilla —finales de los sesenta—, sufrieron un contraste con sus ideales pues aunque había heroísmo y valentía, había también maltrato a los otros compañeros, machismo, militarismo y un errado manejo de las contradicciones. La explicación de estas actitudes radicaba en la existencia de una 'desviación foquista'<sup>79</sup>. Esta expresión extrema del autoritarismo en el ELN y en las otras guerrillas no estuvo del todo ausente en el resto de la izquierda<sup>80</sup>. Las mutuas expulsiones, las abundantes escisiones, a veces por motivos baladíes disfrazados de estrategia y el mirar a los recién salidos o a los movimientos políticos cercanos como los peores enemigos, hablan de la presencia del paradigma del guerrero en su seno y del aislado mundo cultural de la izquierda en esos años.

Había una actitud que, acompañada de las señaladas, reforzaba ese autoexilio de la oposición. Se trataba de la percepción de ser vanguardia. Las organizaciones de izquierda, nutridas por el leninismo, sentían que cada una era el núcleo dirigente de la ansiada revolución. Por tanto, quienes aún no estaban con ella, o eran unos traidores —así se consideraba a los militantes de otros grupos de izquierda—, o pertenecían al mundo dominado, ideologizado, economiscista, reformista; es decir, aquel de la "lucha cotidiana y gris" de la que hablara Lenin<sup>81</sup>.

Desde esta perspectiva vanguardista ¿cómo veía la izquierda los sectores populares que aún no tenían la conciencia revolucionaria? Aunque fueran futuros sujetos revolucionarios, en lo inmediato ésta tenía una mirada entre recelosa y paternalista, pero de todas formas de superioridad. Un ejemplo bastaría para mostrar la no convergencia entre la izquierda y la gente común y corriente, incluso cuando ella tomó distancia del bipartidismo. Hablamos del distanciamiento con la Anapo. De forma anecdótica, en el libro sobre Golconda se cuenta que ante la inminencia del fraude electoral, hubo deseos de la dirección de Anapo de acercarse al ELN, pero éste rechazó la oferta pues se trataba de gente sin principios, 'harapienta' y (compuesta) de 'carniceros'<sup>82</sup>. Alonso Ojeda, un exdirigente del ELN, explica que



por el predominio militarista que en la práctica alejaba de los sectores populares la guerrilla desaprovechó esa coyuntura<sup>83</sup>.

La relación de la izquierda con la Anapo fue de desencuentro, aunque algo cambió luego con el M-19, el cual, sin embargo, trató de convertirla en un partido de izquierda. Eso sucedió con una expresión política popular pero ¿cómo se relacionó la izquierda con los sindicatos, con las asociaciones de usuarios campesinos, con las mismas organizaciones estudiantiles? La respuesta requiere de una exhaustiva investigación empírica, pero nos atrevemos a adelantar que hubo un manejo instrumental en general<sup>84</sup>. Si la izquierda tenía la mayoría de una organización social, ésta era una organización protegida, si no, era atacada. Lo importante era cuántos militantes se contaban, a pesar de la clandestinidad de los grupos, pues así se garantizaba la transmisión de la 'línea correcta'. La historia de la Anuc así lo

enseña. Tanto desde fuera del núcleo directivo (troskistas y maoístas), como desde su mismo interior (la ORP), se practicó la rapiña por los cargos<sup>85</sup>. Pero el resto de la izquierda que no estaba dentro de ella hizo lo propio. Según Alejo Vargas, la Anuc no fue importante en el Magdalena Medio, entre otros factores, por el peso político que en esa zona tenían el PC y el ELN, organizaciones para las cuales las asociaciones de usuarios campesinos no eran parte de su proyecto<sup>86</sup>. El mismo autor también señala que por el contrario la USO fue apoyada por dichas organizaciones, pues controlaban la mayoría de la dirección en los setentas<sup>87</sup>. Algo similar describe Clara Inés García en el caso de Urabá, con el agravante de que allí las fuerzas de izquierda en vez de cooperar, se enfrentaron por el control de los sindicatos<sup>88</sup>. La lista de casos sería interminable y por ahora no agregaría mucho a la argumentación.

Ya decíamos en la sección anterior que la izquierda, tanto armada como desarmada pero proguerrillera, adelantó una política que instrumentalizaba la democracia. Ahora constatamos también la instrumentalización de las organizaciones populares: las mismas eran vistas como 'aparatos' legales de transmisión de la línea política y como canteras de militantes y fuentes de recursos logísticos.

A estas alturas es evidente que nuestra primera respuesta sobre una estrecha convergencia entre la izquierda y los movimientos sociales resulta inadecuada. Pero no deja de ser paradójico este resultado, pues si alguien reclamaba la cercanía a las organizaciones sociales populares era la izquierda. Debemos tratar de explicar por tanto esta compleja situación<sup>89</sup>.

Un primer elemento brota de la ideología que alimentó a la izquierda, sobre todo a la surgida en los sesenta. El marxismo en su versión leninista fue sin duda el gran paradigma teórico de las diversas agrupaciones de oposición. Pero éste llegó al país superficialmente, por cartillas y manuales divulgativos más que por las obras centrales<sup>90</sup>. Fue mucho más leído el *Qué hacer* de Lenin que su estudio sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia, o el *Manifiesto* de Marx y Engels que *El Capital*. Hubo excepciones, como los intelectuales del PRS, luego del troskismo y algunos núcleos del maoísmo y del PC, pero fueron siempre marginales para el grueso de la militancia. Para la izquierda el marxismo era La Teoría y se asumía su defensa en forma dogmática. Por supuesto que esto era más pronunciado en los grupos que se reclamaban marxistas leninistas, pero tenía sus proyecciones aún en la izquierda más intelectual como fue la troskista.

79 Carlos Arango, *Crucifijos...*, págs 251-253. El mismo Pérez dijo en esa oportunidad que a los tres fusilados del 68 se les reivindica hoy como revolucionarios, no porque estuvieran en lo correcto sino porque "lucharon honestamente por la revolución" (ibid. pág. 253).

80 Cuyo leninismo no estaba lejano del foquismo como ya hemos visto.

81 *¿Qué hacer?* Pekin: Ediciones en Lenguas extranjeras, 1975, pág. 92. No por azar éste fue el libro central en la gestación de la 'nueva' izquierda.

82 Esta anécdota contada por Germán Zabala (Javier D. Restrepo, *La Revolución...*, pág. 117) fue confirmada por René García, el supuesto emisario de Rojas al ELN, quien concluye, "lo que no hizo el ELN se lo inventó Bateman" (ibid., pág. 149).

83 Entrevista en Olga Behar, *Las guerras de la paz*, pág. 60. Es cierto que hubo sectores de izquierda que captaron la importancia de la Anapo y se metieron en ella —algunos curas de Golconda y unos militantes del PCC—, de los cuales en parte surgirá el M-19, pero fueron sectores minoritarios. El grueso compartía esa postura de desprecio al 'populismo' anapista.

84 Véanse los casos estudiantil y campesino mencionados por Fabio López, *Izquierdas y cultura...*, pág. 171. La instrumentalización de la democracia y de los sectores populares no es, por supuesto, exclusivo de la izquierda. Han sido también una vieja práctica de la derecha para preservarse en el poder.

85 León Zamosc. *Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los años sesenta*. Bogotá: Cinep, 1983.

86 *Magdalena Medio...*, pág. 181.

87 Ibid. págs 165 y ss. Vargas incluso dice que en el conflicto del 71 el ELN voló unos oleoductos en solidaridad con el conflicto laboral petrolero.

88 Véase el voluminoso informe de investigación, aún sin publicar salvo el primer tomo, *Movimientos cívicos y regiones*, Medellín: Iner, 1994, en especial el tomo dedicado al Urabá antioqueño. El conflicto por el control sindical se hizo agudo de los ochenta hasta hoy.

89 En la reflexión que sigue nos ha sido de mucha utilidad el libro de Christian Gros (*Colombia indígena, identidad cultural y cambio social*. Bogotá: Cerec, 1991), que aunque dedicado la movimiento indígena arroja interesantes ideas para entender el problema que nos preocupa.

90 Véase de varios autores, *El Marxismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1984.

Si La Teoría es única y su papel es similar al del credo religioso, la mirada sobre los sectores populares va a estar muy condicionada por esa lectura. El proletariado con el que se soñaba hacer la revolución era bastante distinto de nuestros obreros y obreras de carne y hueso. Con el campesinado y otros sectores populares sucedía otro tanto. Incluso, en aras de orientar correctamente el proceso revolucionario, se encasillaba la realidad dentro de esquemas importados, y se sobredimensionaban los remanentes 'feudales' o los desarrollos 'capitalistas' según conviniera a cada organización. La izquierda, al anteponer La Teoría —léase la 'línea política'— a cualquier acercamiento a los sectores populares, contribuyó a alejarlos pues les era difícil entender no sólo los textos sino incluso el vocabulario que ésta usaba<sup>91</sup>.

En los sesenta a esta Teoría marxista leninista se le agregaron otras lecturas impregnadas de estructuralismo. Nos referimos a la llamada teoría de la dependencia, en los sesenta y al althusserianismo, a principios de los setenta. Con la primera se dio una mirada global al desarrollo capitalista con la consecuencia de que prácticamente las clases sociales internas, de por sí una abstracción del marxismo, desaparecían. Lo único que existía era un sistema económico mundial gobernado por algún *deus ex machina* —el imperialismo, el capital o una abstracta burguesía monopolista— con una lógica implacable. Si bien en Colombia la teoría de la dependencia no fue recibida acriticamente, sí alimentó la interpretación de nuestro proceso histórico y fortaleció una lectura estructural del mismo<sup>92</sup>. El althusserianismo por su parte no sólo formalizó más la lectura de la realidad —con una conceptualización abstracta de modos de producción, formaciones sociales, etc.— sino que deificó al marxismo como La Teoría<sup>93</sup>. Las

ciencias sociales, por supuesto, no fueron ajenas a estas modas y se dedicaron más a disertar sobre etéreas estructuras desde una óptica de determinismo económico, que a analizar procesos reales<sup>94</sup>.

De esta forma, cuando se hablaba de los sectores sociales populares como sujetos revolucionarios, que era lo que interesaba a la izquierda, se pensaba más en abstracciones que en hombres y mujeres de carne y hueso. Estos, por el contrario, eran vistos con sospecha pues estaban en el mundo de la dominación. Y desde la lógica guerrillera, esto era aún más grave, pues podían ser delatores. ¡La guerrilla en algunas zonas buscaba alejarse de la gente para evitar ser traicionada y prefería las inhóspitas selvas!<sup>95</sup>.

A esta postura teórica o ideológica, Christian Gros agrega lo que a su juicio son algunas tradiciones de la izquierda latinoamericana que reforzaron la autoexclusión. Habla en primera instancia de un proyecto modernizador que orientaba la acción política revolucionaria. En consecuencia, los obreros, campesinos y hasta los indí-

*"América Latina, nació a la política no a través de un movimiento revolucionario 'a la francesa', es decir, de una lucha de clases que llega a un final provisional, sino a través de una lucha de liberación nacional contra el poder colonial".*

genas debían ser 'modernizados' para ser integrados al torrente transformador. Además hubo una influencia del nacionalismo criollo: "América Latina, agrega Gros, nació a la política no a través de un movimiento revolucionario 'a la francesa', es decir, de una lucha de clases que llega a un final provisional, sino a través de una lucha de liberación nacional contra el poder colonial"<sup>96</sup>. Ese es el mito fundador de nuestras naciones, al que se refieren tanto la derecha como la izquierda. El nacionalismo nuestro no es nativo como en Asia o África, sino que es criollo (mezcla de europeo y americano), lo cual tiene obvias connotaciones étnicas que luego abordaremos. Quienes reivindicaron especificidades, por ejemplo los indígenas, fueron vistos con sospecha

o con desprecio, pues entorpecían la gran unidad revolucionaria.

Finalmente, Gros señala cómo el discurso de izquierda hablaba de democracia y justicia social. En eso se diferenciaba de las viejas élites nacionales. Pero la democracia que ejercitaba era vertical: el famoso centralismo democrático, que fue más lo primero que lo segundo. La izquierda latinoamericana fue por lo general hostil a la democracia, incluso en su funcionamiento interno<sup>97</sup>. La verticalidad democrática desconfiaba de las bases y de la autonomía de las organizaciones sociales. En relación con la justicia, el noble deseo igualitario pudo disfrazar un rechazo a la diferencia. El autor concluye sus consideraciones con esta frase: "La izquierda latinoamericana sería más republicana (y jacobina) que democrática, es decir, que preferiría hablar a nombre de los intereses colectivos de la nación (que ella pretende encarnar) y de la moral exigente del Estado, antes que organizar la representación de los intereses necesariamente divergentes de los grupos que la componen"<sup>98</sup>.

Yo sumaría otra tradición a las señaladas por Gros, muy propia de nuestra izquierda: la visión mesiánica de la acción política. Subyace una mirada religiosa, y específicamente cristiana del pueblo como 'pobre'. Se pretende 'redimir' ese pueblo al que se mira con conmiseración, como a un inferior. La izquierda es la redentora, bien sea directamente o bien tras el artificio de ser la encarnación del proletariado. Su misión debe ser cumplida con o sin el consentimiento de ese pueblo en cuyo nombre actúa. De ahí se deriva la mentalidad heroica, muy propia también de la tradición cristiana, de sacrificarse por un proyecto social al suplantar a las víctimas que aún no han comprendido la bondad de esa causa<sup>99</sup>. El imaginario heroico tuvo su máximo desarrollo en torno a la lucha armada y a éste contribuyeron sin duda muchos cristianos aunque no fue exclusivo de los mismos—al fin y al cabo vivimos en un continente de fuerte tradición católica que impacta el conjunto social<sup>100</sup>.

Todas esas tradiciones y miradas ideológicas se articulan y son reforzadas por la postura vanguardis-

- 91 Esta dificultad de comunicación llevó a la izquierda a pensar en el problema educativo, primero como simple concientización y luego en procesos más complejos de educación popular. Véase Marco Raúl Mejía, *Educación y escuela en el fin de siglo*. Bogotá: Cinep, 1995.
- 92 Sobre el impacto de la teoría de la dependencia en América Latina ver el citado texto de Gros. Allí afirma que para los dependentistas el campesinado e incluso los indígenas perdieron su especificidad y terminaron siendo otros sectores más en el mundo de los explotados. La teoría de la dependencia fue aclimatada en nuestro medio por Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Bogotá: Ed. Tigre de Papel, 1971. Salomón Kalmanovitz fue tal vez el más duro crítico del texto y de la teoría en mención y señalando su acento circulacionista, la herencia cepalina y las implicaciones 'nacionalistas' que arrastraba. Véase 'A propósito de Arrubla', *Ideología y Sociedad*, No. 10, abril-junio de 1974, págs. 39-73.
- 93 Sobre el impacto del althusserianismo en América Latina no conozco algo escrito, pero es muy útil la crítica hecha por E.P. Thompson para el caso inglés (*La miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica, 1985). Althusser fue difundido en América Latina por medio de los textos de Marta Harnecker y más elaboradamente por Emilio de Ipola.
- 94 Siguiendo a Marco Palacios se podría decir que esta lectura estructuralista no hizo sino continuar el predominio 'economicista' en las ciencias sociales, fruto de los modelos de modernización desarrollados en el país ("Modernidad, modernizaciones y ciencias sociales", *Análisis Político*, No. 23, septiembre-diciembre de 1994, págs. 5-33).
- 95 Un interesante análisis crítico en la entrevista a Alonso Ojeda en Olga Behar, *Las guerras de la paz*, págs. 61-63.
- 96 *Colombia indígena...* pág. 162.
- 97 A modo de ejemplo, tal vez extremo, citemos el caso del PCML que tomó más de quince años en realizar un Congreso (Villarraga y Plazas, *Para reconstruir...* págs 151-153).
- 98 *Colombia indígena...* pág. 107. Entre las tres grandes tradiciones políticas contemporáneas—la liberal, la democrática y la republicana—, la izquierda estuvo más cerca de la tercera en su vertiente jacobina.
- 99 El caso más dramático fue el de la muerte de Camilo, con independencia de si fue acertado o no ponerlo a combatir, hay un hecho indudable ratificado por quienes estaban cerca ese día: Camilo insistió en que quería combatir, que él quería ser un guerrillero común (Carlos Arango, *Crucifijos...*). Con razón Javier D. Restrepo insiste en que Camilo ante todo fue cristiano más que sacerdote, político o intelectual (*La revolución...* pág. 77).
- 100 Fabio López, *Izquierdas...*, cap. 1 y Jaime Zuluaga, "Nueva izquierda..." págs. 401-403, intentan mostrar las continuidades entre la tradición católica y la 'cultura' revolucionaria. Eduardo Pizarro inicia una interesante discusión, desde la sociología de la religión, sobre el impacto del 'milenario profano' en un anhelo insurreccional (*Insurgencia...* págs 129-134).



ta de la izquierda. El vanguardismo, además de ser inherente al discurso leninista de la izquierda, fructificó en el país en los tiempos del Frente Nacional por un fenómeno analizado por Francisco Leal para el caso estudiantil, pero que puede ser extendido a la intelectualidad militante. Los intelectuales fueron vóceros de unas clases medias en ascenso que no encontraron canales institucionales de expresión —recordemos que eran tiempos del excluyente acuerdo bipartidista. Ante el cierre de esos espacios, la intelectualidad de izquierda se autoexcluyó al crear una acción política al margen de la que disputaban las élites, pero ellas eran las que controlaban gran parte de los sectores populares<sup>101</sup>. La izquierda creó una subcultura con códigos y valores propios —incluso a veces para cada organización—, que alimentó más su vanguardismo con la secuela de una mayor distancia del pueblo real. Eso se vivió en las universidades, en particular las públicas, en algunos sindicatos y organizaciones populares y, obviamente, en las zonas controladas por la guerrilla. Era un mundo, como ya lo señalaba Gonzalo Sánchez, del autoexilio que discurría por cauces distintos de los de la mayoría de la gente. Por eso cuando la izquierda se encontraba con ese pueblo concreto se sorprendía y en no pocas ocasiones chocaba con él.

Ese fue el impacto que recibió Jaime Arenas cuando ingresó a la guerrilla en octubre de 1967. El lo atribuyó al peso campesino en la organización que favoreció no sólo el militarismo sino incluso “el culto a quien tiene la fuerza”<sup>102</sup>. Pero también fue el choque de muchos izquierdistas románticos e idealistas en los campos y ciudades. Un ejemplo fue el de Tulio Bayer cuando fue designado por el MOEC a dirigir una guerrilla en el Vichada a principios de los sesenta. Después de un par de meses en la zona, descubrió que allí no había guerrilla sino una ‘montonera liberal’ en vías de bandolerización y que él no la dirigía sino un tal Colmenares quien en reali-

dad era un próspero colono que reclutó a sus peones para la acción armada. La guerrilla terminó disolviéndose sin haber combatido<sup>103</sup>. No siempre la izquierda fue tan desacertada en la escogencia de sus ‘bases’ campesinas o tan cínica en su distancia hacia ellas, pero por extremo que sea este caso no creemos que haya sido único.

En forma más elaborada Gros nos muestra la tragedia de muchos dirigentes de izquierda. Al ser por lo general blancos (criollos), ciudadanos e intelectuales, en su contacto con el mundo campesino (también podría ser con el obrero o con el urbano de los barrios de invasión) percibieron la distancia real que se interponía entre ellos y el pueblo que pretendían redimir. Esos dirigentes —pequeño burgueses en el mejor sentido de la categoría— se sintieron rechazados pues, a pesar de su opción revolucionaria, seguían representando a la élite que había colonizado internamente al país. Por ejemplo, los campesinos quechuas del Perú llamaban ‘patrones’ a los guerrilleros. Estos a su vez desconfiaban del campesino y del indígena, a pesar de ser definitivos para su éxito<sup>104</sup>. Es una historia de desencuentros, vivida a veces como comedia y generalmente como tragedia —piénsese, para no ir muy lejos, en la aventura del Ché Guevara en Bolivia.

Si dejáramos aquí nuestras reflexiones, habríamos mostrado una parte no despreciable de la historia. Pero si queda así, demerita no solo los esfuerzos desplegados, con mucho altruismo por lo general, sino la misma verdad. Es cierto que la izquierda fracasó en su objetivo de hacer la revolución, en gran medida por la distancia formal y real del pueblo al que pretendía liberar. Pero también es cierto que, a pesar de ese ‘discurrir por caminos divergentes’, hubo encuentros tal vez no conscientes que contrariaban en no pocas ocasiones la ‘línea política’<sup>105</sup>. No de otra forma se puede entender el poco pero sólido apoyo que en algunas zonas tuvo y aún mantiene la izquierda. Por temor o por violencia no se explica todo. Este otro lado de la moneda merece más análisis.

Estratégicamente la izquierda en los sesenta y setenta no logró el objetivo buscado, pero, en su

activismo impulsó organizaciones reivindicativas, apoyó conquistas inmediatas y en algunas zonas tuvo real arraigo. Su contribución a la formación de actores sociales es indudable. Así sucedió con gran parte del sindicalismo —sobre todo el no-confederado que a principios de los ochenta era mayoritario—, con la ANUC y otras organizaciones campesinas e indígenas, con juntas cívicas regionales y asociaciones de vivendistas, con el movimiento estudiantil y las organizaciones de mujeres, para citar sólo los ejemplos más dicentes. En algunos casos la influencia desapareció, en otros se mantuvo con vaivenes y en no pocos, a pesar de la misma izquierda que quiso controlarlas, se distanciaron las organizaciones sociales. No es posible hacer el balance exhaustivo en estas páginas, pero el argumento, al menos como hipótesis, es plausible.

La clave explicativa está en lo que ya analizábamos: la práctica política de la izquierda. Esta hizo una lúcida crítica de la política elitista pero no ofreció una alternativa viable. A los vicios de la política tradicional opuso una preñada de marginalidad y cuando más, referida al ámbito local. En eso fue consecuente con la tradición republicana decimonónica analizada por Fernando Escalante para el caso mexicano. En ese país, como en general en el subcontinente, luego de la Independencia la mayoría de la población ejer-

cía la política pero referida a sus comunidades; no le interesaba la 'gran política'<sup>106</sup>. En el desarrollo de esta actitud fue crucial la precariedad del Estado y el peso de los gamonales regionales. Los intentos modernizadores de integración de la población, por la vía de los mercados o la educación, tuvieron desigual éxito. Hasta la Revolución Mexicana la política para amplios sectores de la población era comunitaria<sup>107</sup>. Era una acción política, en el decir de Escalante, "extraña, sin duda, pero a la vez del todo lógica"<sup>108</sup>.

A esa lógica parece afiliarse nuestra izquierda, a pesar de contar formalmente con un discurso moderno de acción política. Por cierto que no se trataba de una cruda apelación a las comunidades como sucedía en el siglo pasado, aunque la hubo en especial en la izquierda más campesinista, sino al mundo local y provincial. Así lo entendía Jorge Gaitán Durán en su dura crítica al comunismo criollo a principios del Frente Nacional. A pesar de percibir las limitaciones del Frente Civil, Gaitán Durán criticaba al Partido Comunista por muchas razones, entre otras por estar reducido a unas cuantas áreas



101 "La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase" en Varios, *Juventud y política en Colombia*. Bogotá: Fescol, 1984.

102 Entrevista en Germán Castro, *Del ELN...*, pág. 44. Se refería a Fabio Vázquez Castaño.

103 Véase todo el relato en "El levantamiento...", en especial pág. 100.

104 Los guerrilleros latinoamericanos sufrieron una triple exterioridad ante las bases campesinas: "como hijos de la burguesía... e intelectuales, en relación con el pueblo; como ciudadanos frente a los rurales; como blancos, ladinos o mestizos frente a una población mayoritariamente indígena" (*Colombia indígena...* págs. 107 y 139 y ss). El último caso no fue tan notorio en el país, aunque se presentó en regiones como el Cauca. Pero es indudable que sí hubo un choque de trasfondo étnico entre los intelectuales y los sectores populares. En el caso colombiano la subsistencia de guerrillas liberales pudo también atenuar el choque aludido.

105 Mi experiencia personal fue esa. A principios de los setenta realizamos un trabajo de concientización política en un municipio de la Sabana de Bogotá. No logramos construir las 'tres varitas mágicas' del maoísmo: Partido, Ejército y Frente Popular, pero sí terminamos, muy a pesar nuestro, reviviendo Juntas de Acción Comunal y apoyando a una organización de auto-construcción apadrinada por el Minuto de Dios. Cuando llegó el momento de participar en elecciones, y de probar nuestra fuerza, 'consecuentemente' decidimos abstenernos. Fue el principio del fin. Luego otras organizaciones de izquierda y el Nuevo Liberalismo recogerían las semillas sembradas. Aunque esta fue una experiencia particular, muchas historias de militantes de las diversas organizaciones de izquierda trazaron trayectorias similares.

106 *Ciudadanos imaginarios*. México: El Colegio de México, 1993, pág. 57.

107 Este punto es también anotado por Francois-Xavier Guerra, para quien la rebelión zapatista, por ejemplo, fue una especie de revancha de las comunidades contra los intentos modernizadores de la segunda mitad del siglo XIX ("Teoría y método en el análisis de la Revolución Mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, Año LI, No. 2, abril-junio de 1989, págs. 15 y 21-23).

108 *Ciudadanos...*, pág. 74.

rurales. Por ello concluía, "el colombiano es un comunismo municipal"<sup>109</sup>.

Hubo intentos, sin duda, de conseguir una proyección nacional y en algunas oportunidades la izquierda logró articular paros obreros nacionales (1971) y estudiantiles (a mediados de los sesenta y principios de los setenta), protestas contra alzas de transporte (enero de 1959) y tomas de tierra en diferentes regiones (febrero de 1972), para citar algunas acciones de amplia cobertura. Digámoslo claramente, aunque fracasó en su proyecto global de revolución, no se podría decir lo mismo de su impacto local. Experiencias como las de Viotá, Sumapaz, sur del Tolima, Magdalena medio santadereano, Córdoba, Urabá, están a la espera de balances cuidadosos para evaluar los efectos positivos y negativos de esa presencia.

Esta mirada entre comunitaria y republicana fue también alimentada en los sesenta por la participación de cristianos para quienes la política a secas era 'mala' y lo único que salvaba era la comunidad. El salto desde ese plano a la sociedad mayor se hacía por la invocación un tanto mesiánica a la revolución<sup>110</sup>. La idealización del pueblo empataba con el monismo de la izquierda y a su vez lo reforzaba. En este caso la confrontación se hacía no desde una perspectiva estructural de clases sociales, sino desde los 'pobres'. Sin embargo, esta actitud de desprecio de la 'gran' política, no exclusiva de los cristianos como ya veíamos, permitió la realización de una acción social ligada a las necesidades populares y con ciertos resultados inmediatos. Eso es indudable aunque no haya podido ser recogido políticamente, pues por definición esa dimensión estaba referida a la transformación revolucionaria.

Ahora bien, la actitud cristiana o moralista hacia la política, tenía una contraparte interesante: la autonomía que se le atribuía al pueblo para dotarse de sus propias formas organizativas. Había aquí una actitud que de forma velada criticaba la instrumentalización de la izquierda y abiertamente atribuía a los sectores populares cierta madurez para labrarse su destino. El comunicado de los curas de Golconda rezaba en un acápite final:

*Hacemos un llamamiento a los distintos sectores populares y revolucionarios para que, prosiguiendo en sus organizaciones, búsquedas y luchas, no olviden la responsabilidad que tienen ante sí mismos y ante la historia y para que, destacando los objetivos comunes, traten de ballar las formas de unidad de acción y solidaridad que conduzcan a un frente revolucionario capaz de romper las cadenas e inaugurar el provenir<sup>111</sup>.*

Esa sospecha cristiana sobre la utilización política del pueblo rayó en no pocas ocasiones en francas posturas contra todo lo que sonara a izquierda organizada, en particular los partidos con existencia pública y estructura consolidada de militancia (v.gr el PCC y el Moir). Independientemente de si fue fruto de esta actitud moral o del roce cotidiano con los grupos de izquierda, el hecho es que se generó un distanciamiento de las organizaciones sociales en relación con la instrumentalización que sufrían. Es prematuro hablar de autonomía en esos años, pero experiencias como el mismo CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca) con relación a la ANUC y la izquierda en general, de las organizaciones de mujeres a mediados de los setenta y de muchos núcleos cívicos regionales ya la anticipan<sup>112</sup>. Y esto, curiosamente es otro logro de la izquierda, aunque más de algunos de sus militantes que del conjunto.

Otro hecho significativo y que habla en favor de la acción política izquierdista, por lo menos de su vitalidad, fue el replanteamiento que dentro de algunos sectores se inició en los setenta. Y aquí volvemos a tocar un punto señalado en las secciones previas de este ensayo, pero que no sobra recalcar. Desde los más disímiles sectores surgieron cuestionamientos ante la forma predominante de acción política revolucionaria. En el seno del Partido Comunista algunas voces cuestionaron la 'combinación' de todas las formas de lucha. El Moir se replanteó su marginamiento de la política y participó en elecciones. En el PC-ML, disidencias como la Tendencia MLM planteaban, en lenguaje aún maoísta, la necesidad de volver a las ciudades y al mundo fabril; es decir, de retornar a la política moderna. En

el sector socialista, la URS fue más explícita en valorar la democracia y hacer claros llamados a dejar atrás las ambiguas prácticas políticas que mostraba el conjunto de la izquierda. Aun en el seno del ELN, Manuel Vázquez inició una autocrítica del aislamiento de la organización que lo llevó a abandonar las selvas y a llegar adonde estaban los trabajadores rurales. En este caso el resultado fue trágico por el cerco que le tendió el ejército en Anorí, pero la semilla del replanteamiento estaba sembrada<sup>114</sup>. Finalmente, el M19 surgió del rechazo a la práctica política marginal de la izquierda, pero como ya decíamos, sin una crítica a las armas, lo que terminó por revivir la opción armada.

De esta forma hemos hecho un círculo que iniciaba con una apreciación obvia pero formal sobre la relación entre izquierda y los movimientos sociales. Luego desmitificamos con cierta dosis de

crudeza esta supuesta cercanía, para volver finalmente a reconocer que sí hubo convergencias, pero en un marcado plano local. La izquierda no sólo fracasó en su objetivo transformador sino que por el énfasis en la confrontación tampoco fue un eficaz mediador nacional de las demandas sociales ante el Estado y la sociedad mayor. En el plano local, muchas veces contra su voluntad, sí obtuvo más resultados, pero no hizo la lectura consecuente de fortalecer una acción política desde abajo hacia arriba y así poder recrear lo político. En su afán revolucionario formó actores sociales, pero cercenó muchas veces la necesaria autonomía de los mismos. Es una contradictoria historia de encuentros y desencuentros nada fácil de leer porque no fue nada fácil de vivir; fue compleja desde sus inicios.



- 109 "La revolución invisible" en *Obra literaria* (compilada por Pedro Gómez Valderrama). Bogotá: Colcultura, 1975, pág. 367. En la misma línea iban algunos informes especiales de la revista *Semana* de fines de los años cincuenta. Véase el hecho sobre Viotá "la república comunista a 3 horas de Bogotá" (27, enero, 1958, págs. 13-15).
- 110 Esta orientación comunitaria se respira en muchos de los textos de los cristianos que optaron por la acción revolucionaria. Un ejemplo en el documento final del II Encuentro del Grupo Sacerdotal Golconda, Diciembre de 1968, sobre todo en la sección tercera 'Orientaciones para la acción' (reproducido por Alejo Vargas, *Política y armas*, págs. 202-210). La práctica de muchas comunidades eclesiales de base continúa esta tradición.
- 111 *Ibid.* págs. 208-209.
- 112 Este marginamiento cristiano frente a la afiliación pública a un partido también fue interpretado por sectores de la izquierda como un terreno sin dueño para hacer su propia acción. No pocos grupos y centros cristianos, el mismo Cinep incluido, se vieron muchas veces asaltados en su buena fe por militantes de organizaciones clandestinas que pusieron en serio riesgo su sobrevivencia.
- 113 La historia de CRIC es contada por los mismos indígenas en *Diez años de lucha: Historia y documentos*. Bogotá: Cinep (CONTROVERSIA Nos. 91-92), 1981. Para la evolución de los grupos de mujeres y su ruptura con la izquierda véase Diana Medrano y Cristina Escobar, "Pasado y presente de las organizaciones femeninas en Colombia" en Elsy Bonilla (compiladora), *Mujer y familia en Colombia*. Bogotá: Plaza y Janés, 1985. Sobre movimientos cívicos la literatura es amplia, basta resaltar los análisis cuidadosos de los movimientos cívicos del Bajo Cauca y el Oriente antioqueños, los cuales se distinguen por esa relativa autonomía en relación con la izquierda, realizados por Clara I. García en la citada investigación "Movimientos cívicos y regiones".
- 114 Sus antecedentes estaban en el sector disidente que fue ejecutado en el 68. Este interesante proceso, que no ha sido suficientemente analizado por los investigadores sociales, es mencionado por Alonso Ojeda en su entrevista a Olga Behar, *Las guerras de la paz*, págs. 61-66.